EL COJO ILUSTRADO

Año XVIII — 15 DE OCTUBRE DE 1909 — Nº 428

PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

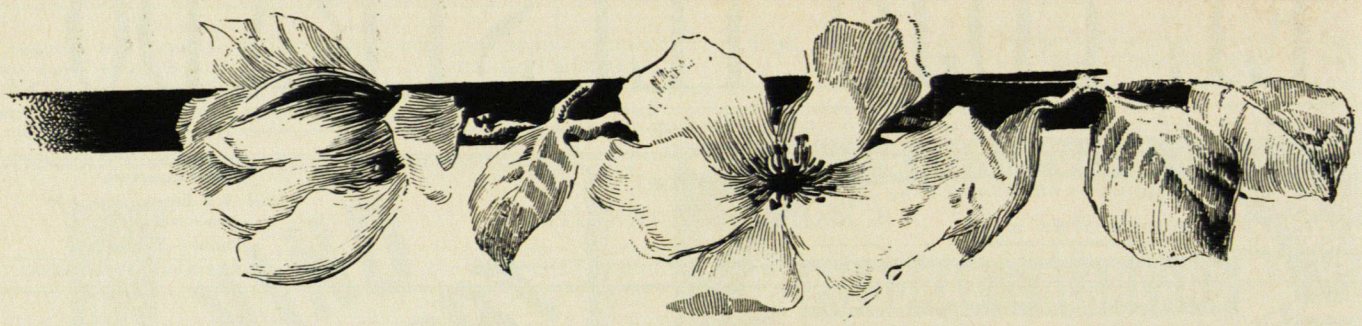
DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
Empresa El Cojo — Caracas — Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



Ilustrisimo y Reverendisimo Señor Doctor D. Juan Bautista Castro,
Arzobispo de Caracas y Venezuela

DIGITAL UCAB



EL ILTMO. SEÑOR DR. JUAN BAUTISTA CASTRO

—

Se encuentra ya en circulación la voluminosa obra en que el Ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela ha recopilado todos los documentos relativos al Congreso Eucarístico, primero de la América Española, que se reunió en Caracas en diciembre de 1907. La reunión de aquel Congreso, que resultó efectivamente brillantísimo, tanto por la autoridad de las personas que á él concurrieron como por el severo decoro y la sabiduría y discreción con que fueron tratados los asuntos de su cometido, es un timbre más de distinción que añadir á los muchos méritos que realzan el nombre de nuestro dignísimo Prelado.

La cabal realización del trascendental pensamiento, se debe, en efecto, en gran parte á la enérgica voluntad y admirables esfuerzos del Ilustrísimo Señor Arzobispo, el cual, así como sabe concebir nobles ideas, sabe igualmente con inquebrantable temple de espíritu, poner en práctica los medios más adecuados á su efectivo cumplimiento. Si no poseyera el eminente Pastor de la Iglesia Venezolana las claras virtudes que todos nos complacemos en reconocer y encomiar, la vasta sabiduría y erudición que decoran su espíritu y una inteligencia viva y fecunda que tántas veces se ha manifestado en obras de indiscutible mérito, bastaría sólo el ahinco pertinaz y la constancia firme que pone siempre al servicio del bién y de los intereses espirituales de nuestra comunidad católica, para acreditarlo de varón superior, conductor sensato y diligente de su grey.

Los frutos cosechados por el Ilustrísimo señor Arzobispo en sus labores del Congreso Eucarístico se rozan muy de cerca con benéficos resultados obtenidos para la cultura colectiva, fundamento de toda virtud y dignidad para las naciones; y muy especialmente con el lustre mayor que en semejantes triunfos espirituales conquista el nombre de la Patria. Las fiestas que se realizaron en los días de aquella fausta celebración son noble muestra de nuestra cultura, y revistieron un carácter de esplendidez y seriedad de que podemos sentirnos justamente orgullosos.

Oportunamente dimos cuenta en nuestra Revista de los actos del Congreso Eucarístico; y con motivo de la publicación del volumen á que nos referimos, nos es grato renovar al Ilustrísimo Señor Arzobispo nuestros más respetuosos y sinceros parabienes por el éxito feliz de sus labores.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FEDERAL DE VENEZUELA

—

Doctor Lisandro Alvarado

De 1858 á 1863 Venezuela se convirtió en un caos político. La oligarquía llamada liberal de los Monagas unió en contra suya los hombres de ideas más contrarias, desde los conservadores antiguos hasta muchos liberales burlados en sus ambiciones. La Revolución de Marzo confabuló por el juego de intereses múltiples, para los cuales el gobierno era un inminente peligro, las más de las inteligencias capaces y de las voluntades poderosas de la nación. Mas al punto que dejó de ser el enemigo común, cundieron las disensiones provocadas por los apetitos opuestos, y cada bando procuró apañar el poder. De allí nació el estado caótico de la política; no tanto por lo vario y distinto de los bandos, sino precisamente porque ninguno acertaba á concretar en definitiva sus aspiraciones: declamando todos con el énfasis sempiterno de los políticos de profesión, que sólo alentaban y vivían para la salud y la salvación de la patria, ninguno hubiera podido formular un programa claro y factible de los remedios que urgía aplicar á los males que reconocían todos, un plan de reorganización que se acordara con el anhelo de las mayorías y fuera cónsono con el medio étnico y con el ambiente moral: todo se volvía disquisiciones etéreas, quimeras más ó menos hermosas é impracticables: «delirios de legisladores».

El mal venía de muy atrás, de los días turbulentos de la Gran Colombia y de la Guerra; de los días de aparente sopor, animados de rencillas parroquiales, de la colonia, cuando á los criollos comenzó á subírseles á la cabeza un extraño orgullo de casta, y se vistieron ínfulas infructuosas de revolucionarios quienes no podían serlo ni por temperamento ni por educación, ni aun por la propia conveniencia. El desacuerdo profundo que desde entonces existía entre las fórmulas escritas que se adoptaron para basamento de la república y los instintos individuales y colectivos, había de traer un desquiciamiento periódico, en que los poderes públicos quedaban destronados y substituidos, para recomenzar á poco la misma eterna y estéril pugna. Quiso jugarse con los pueblos un juego imposible: adaptarlos, como si fueran cosas maleables y dóciles, al espíritu de instituciones urdidas por la desbocada fantasía de legisladores alucinados; en vez de adaptar las instituciones de gobierno al espíritu de la comunidad. El caso es que la mayoría se llamaba á engaño en cuanto notaba que ni la letra de los códigos ni los procedimientos efectivos de los dirigentes les garantían ni les cumplían las promesas retóricas de las proclamas de guerra; y los mismos personajes que asaltaban el poder encontrábanse constreñidos y molestos por la presión ambiente y por la sorda inquina de los menos afortunados.

El estado de Venezuela en aquella época era de una profunda corrupción social, más profunda y más grave en las clases políticas y entre las personas instruídas. Así lo atestigua varón de tan irrecusable honradez como Fermín Toro: «La segunda clase de los que sostienen al gobierno, ¿cuál es? La de aquéllos que lo sostienen por conveniencia. ¿Cuáles son éstos? Los que derivan del Gobierno un salario pagado por las rentas públicas. Esta clase constituye una plaga. La mitad de la población aspira á vivir del público: es una lucha por tener empleos y el hombre de honor y conciencia que ocupa una vez el poder, lo arroja de sí para siempre, porque, ó tiene que prevaricar, ó hacerse enemigo de la mitad de la sociedad» [1]. En cuanto á la otra clase «es ciertamente la más ilustrada, es aquélla que puede formarse una idea de los deberes y de los derechos y de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados, en fin, de la política. Desgraciadamente en Venezuela esta es la clase que ofrece menos garantías á la sociedad. Limitada por naturaleza,... *es también la más viciada.*» Existían además «los que llaman gobierno al jefe del Estado, los que simbolizan la nación en un hombre y no conocen más derechos ni más voluntad nacional que la voluntad de ese hombre.» La descomposición que fermentaba desde la segunda mitad del siglo XVIII, apresurada y exasperada por el trágico ardor de la guerra de independencia, durante la cual fue olvidado todo fuero y conculcado todo derecho, aparecía, repugnante y formidable, á flor de las primeras capas sociales. Tal estado de desquiciamiento moral, que hizo imposible el ensueño de la Gran Colombia y amamantó los disturbios que surgieron al momento, fatales como en organismo enfermo, se prolongó, agravándose al través de los desmanes del despotismo, hasta incubar, en el extraño período que se abre con la Revolución de Marzo, aquella confusión espantable, aquel intrincado y confuso enredijo de conjuraciones, infidencias y golpes siniestros en que se debatían los partidos.

---

[1] *Fermín Toro—Discurso en la Convención de Valencia, el 29 de septiembre.*

Por desgracia no poseemos los documentos necesarios, ni aún estamos á la distancia conveniente, para escribir la historia social de la Venezuela de la época: fáltannos datos acerca de muchos pormenores, principalmente en lo que atañe á la vida privada; ni la vecindad de los tiempos permiten escudriñar muy de cerca aquellos enredos, para echar á vuelo la verdad debidamente comprobada. Algún día lejano un historiador que disfrute de las libertades concedidas por el tiempo, dibujará acaso sobre el fondo de tormenta el bosquejo exacto de los tipos representativos de ese período de la vida venezolana: siluetas trazadas con punta de almagre sangriento de la propia gleba nativa, sobre el fondo ennegrecido de auténtico horror.

Entre la muchedumbre de las tendencias descolló vigorosa la federalista, cuyo auge se debió, nó á lo que en su esencia entrañaba, sino á que en el vaivén de los sucesos vino á representar un movimiento democrático, y á que contenía más largamente el pensamiento revolucionario, el propósito de destruir abominadas prácticas conservadoras. La federación no fue más que una palabra de señuelo en los labios de los mismos corifeos federalistas: así lo confesaron algunos de ellos, personas de autoridad en el partido. Los demás apenas se daban cuenta de lo que federación significaba; y en el alma del pueblo que le fue adicto, apenas era una especie de fórmula incomprensible, en la cual estaba contenido el remedio de todas sus calamidades. No es raro en la historia de los pueblos ese género de sugestión ejercido por una palabra. «La lucha fue en realidad por la democracia, y la federación asunto de forma», escribe Alvarado. En realidad tanto hubiera valido inscribir cualquiera otra palabra en el estandarte de la revuelta. La mayor parte de los federales de nota, aun aquéllos mismos que sobrevivieron largos años al triunfo y pudieron palpar la inutilidad del esfuerzo de la guerra en busca de una fórmula que no llegó nunca á implantarse, sino apenas en el vago ensayo infructuoso que se intentó á raíz de la victoria, hacían sinónimos los términos federación y liberalismo, que ninguna relación tienen entre sí, ni se explicaban la existencia de un centralista liberal. La lucha fue por la democracia; mas el pueblo no estaba preparado tampoco para la democracia circunspecta y llena de cordura. El pueblo sólo estaba listo para la protesta, para la guerra, para sacudir la pesadumbre de la opresión que lo estaba aniquilando. La guerra era lo irremediable, y el pretexto aducido y las fórmulas que se emplearon para justificarla y dirigirla es lo que menos viene á cuento ahora. Fenómeno social que abre válvula de escape á sentimientos comprimidos en el espíritu colectivo, la guerra era consecuencia forzosa de la agitación, del malestar, de la sorda inquietud que laceraba los ánimos arrebatándolos en el torbellino de la pasión, á buscar con el expediente de la matanza una salida á las agobiadoras incertidumbres que los oprimían. Hasta entonces el pueblo había seguido con admiración ó espanto la trayectoria recorrida por los guerreros gloriosos y terribles de la patria, y había adquirido ya el hábito de vincular las escasas é inferiores ideas políticas que le estaba permitido concebir, á un hombre de guerra, cuando nó, raras veces, á algún prócer civil de reputación resonante. El hombre encarnaba la idea; y los que no poseían capacidad para comprenderla ni para amarla, la amaban y defendían en el Jefe que la representaba á sus ojos. Fetiquismo oscuro de pueblo primitivo, si se quiere, pero muy natural en la época. Por lo demás es fenómeno psicológico corriente en los pueblos del trópico que se desentiendan de los principios para apasionarse por las formas y que á las ideas abstractas antepongan el sér tangible en quien pueden admirarlas á su sabor. Tal vez podríamos asegurar que si la independencia fue prematura para nosotros, carentes de materiales con que constituir una nación firme, y la fragmentación de Colombia, su consecuencia, un exabrupto insensato que no han pagado todavía las tres naciones ni con la centuria de crímenes, desórdenes y turbulencias que han vivido, la evolución democrática, que á precio tan caro de catástrofes se compró, vino á ser casi inútil por extemporánea. Con todo, aun ese algo que se conquistó excusa cabalmente la violencia empleada.

Luego de conquistada la emancipación por la guerra, todas las ambi-



HANS SCHMIDT: Combate entre águilas

DIGITAL UCAB

ciones y apetitos quedaron en pie y de facción, apercibidos á satisfacerse por el medio que tan sorprendentes frutos les diera al fin y al cabo. La guerra podía crear un nuevo estado de cosas, mas no edificarlo con solidez, bueno para irse perfeccionando por medio de la natural evolución pacífica. En vez de amenguarse y debilitarse, prosperaban y crecían los gérmenes que habían de producir las convulsiones revolucionarias; y menos mal que por último se lograra algún adelanto en el sistema democrático. La revolución federal afianzó en el espíritu público el amor á la forma republicana y liberal de gobierno al promulgar el Decreto de Garantías, y fomentó los instintos democráticos de la turba, vivaces en el fondo, á despecho del fetiquismo personalista que suele obscurecerlos de vez en cuando. Los resultados fueron en cierto modo más del dominio de las ideas que de los hechos: á las tiranías conservadoras sucedieron las tiranías liberales y democráticas.

Cuanto á la guerra, presenta dos fases: una regular, en que generales sensatos é instruidos dirigen la campaña é imponen el orden y la disciplina en el ejército; y otra de guerrillas encabezadas por bandoleros brutales, aventureros feroces, abominables por su lujuria, su sed de oro y de sangre y sus instintos de destrucción. Esta última faz tuvo el predominio: porque muchos oficiales del gobierno emulaban en tropelías á los cabecillas insurgentes, con menores excusas, ya que se trataba por lo general de militares tenidos por cultos y civilizados: de Cumaná escribían: «Aquí tenemos un señor Capó que es *segunda edición de Boves*», y ya se sabe la fama que rodea al nombre de éste en aquellas comarcas. Cuando así procedían los militares de cultura extensa, adquirida en los grandes centros, ya es fácil suponer cómo obrarían los guerrilleros broncos é ignaros. En la pandilla de generales obscuros y de estrategas de menor cuantía que pululan en la época, se destaca y culmina la figura fiera y enérgica de Zamora, con su perfil moral y físico de ave de presa, hombre tallado en la madera de que se forman los grandes capitanes, hábil como Sertorio, dotado de un vigor de acero legítimo en medio á las vacilaciones y endebleces de sus contemporáneos. La campaña de Santa Inés es laurel lozano, digno de la frente de un héroe epónimo. Lo efímero de su fulgurante curso de meteoro, su muerte inesperada y trágica, fueron buena parte á cimentar ese prestigio de ídolo de que disfruta en el círculo liberal.

La guerra, regularizada en parte por breve tiempo, reasumió, después de la jornada de Coplé sus caracteres atroces de merodeo y devastación; y sus efectos económicos repercutieron largamente sobre la vida nacional, preparando la crisis definitiva de angustia y miseria que estalló al cabo de treinta años, cuando ya el país no tuvo aliento para soportar la serie estrepitosa de las catástrofes. El estado de corrupción que indica Toro en el recinto mismo de la Convención, debía ser factor de importancia en el mecanismo de la guerra. Manejada ésta siempre por hombres sin escrúpulos, cabecillas paupérrimos sedientos de oro y de exterminio, y animados de vicios turbulentos, sus efectos devastadores debían ser mucho más hondos y duraderos. Aun personalidades eminentes del bando conservador, fueron acusadas de haberse apropiado con fraude el tesoro del Ejército constitucional de Occidente, después del desastre final de Curbatí. Los beligerantes no tenían ley. La miseria de todos imponía la exacción como una necesidad. Las autoridades no hacían gran cosa por evitar las tropelías ni disminuir el descontento de los pueblos; antes bien lo exasperaban con sus procedimientos. A los principios de la guerra en Portuguesa, los tenientes del gobierno «obligaban á los naturales á empuñar las armas, no se les acordaba vestuario ni pré ni rancho á los reclutas y á palos les enseñaban la táctica; hacíanse razzias de caballerías, acémilas y bueyes y requisas de monturas, sin miramiento á la propiedad» [1]; ni el gobierno central se ocupaba con lo que ocurría en las provincias. No sin razón hablaron los conservadores de «guerra social». Bueno es recordar que los facciosos de Portuguesa, que no obedecían á ningún plan de levantamiento general, ni tenían nada que hacer directamente con los liberales, fueron capitaneados por comerciantes fallidos, y su grito de guerra fue: «Todos somos iguales! Abajo los blancos!» [1], lo cual denunciaba la opresión y el malestar en que vivían las últimas clases, que emprendían una obra de venganza y desquite. A poco del pronunciamiento de Coro y del desembarco de Zamora, éste, ya dueño de un ejército, habla de «moral, orden, respeto á la sociedad» [2]; pero lo natural era que prosiguieran, como prosiguieron, los atropellos y desmanes de los cabecillas y de los oficiales del gobierno sobre quienes no podía ejercer vigilancia el poder central. Ni aun el mismo espíritu magnánimo de Falcón consiguió atenuar los horrores abundantes: mientras él perdonaba y mostraba comedimiento, las facciones obraban á su talante, sin percatarse de lo que agradara al jefe.

La pugna de ambiciones desapoderadas que cundían en el seno de los partidos, y el eclipse del sentido moral explican todos los sucesos extraños de la interinaria de Tovar con la absurda peripecia del Ministerio de las treinta horas; la reacción que dirigió Aranda; los intentos de conciliación de Castro y su proclama de 30 de julio que lo colocaba en una falsa posición; la conjura de Las Casas y los jefes de tropas que proclamaron la Federación; el efímero gobierno de San Pablo; el contragolpe constitucional, que trajo días de calma relativa á Caracas; y finalmente los manejos subrepticios de Páez y su desastrosa dictadura. No parece sino que los hombres hubieran perdi-

---

[1] *Alvarado—Historia etc., pág. 84.*

[2] Orden general del 23 de febrero de 1859.

---

[1] *Alvarado — Historia etc. Pág. 87.*



L. F. KOWALSKY: El diábolo



Cecil JAY: Una familia de los Países Bajos

do el juicio en las tenebrosas andanzas de la política de la época. Muchos, como Castro, parecen atacados de locura, otros se degradan voluntariamente en aquella sombría confusión de arrebatos, como el anciano general de Carabobo, león decrépito á quien sus aulicos obligaban á tirar del carro de sus propias pasiones, antiguo dignatario del heroismo convertido, por arte de sus aduladores y secuaces, en fiera de feria.

En suma, la revolución federal pudo ser salvadora. Mas del seno del partido en triunfo salió al punto la dictadura de hecho, como la cabeza renaciente de la hidra. El partido se mostró dócil con la tiranía, aceptó sus violencias, olvidó su programa, y al condenarse él mismo al oprobio, exterminó la más próspera esperanza de renacimiento. Triste espectáculo ofrecen los partidos políticos de Venezuela, que al desaparecer en un vertiginoso frenesí de mando arrojaron, como despojo definitivo, afrentoso sudario sobre el cadáver sangriento de la República.

El libro del Doctor Alvarado está escrito con elegancia, pureza y sobriedad. Detrás del escritor consciente, poseedor seguro del idioma, se vislumbra al hombre de entendimiento alto, colocado por encima de las pugnas que resuenan en el campo estrecho de la política; en un punto de vista superior al ruin interés de los bandos, al impulso de obscuras simpatías, y aun á la momentánea conveniencia de los principios. Vistos de semejante altura, merecen indulgencia tánta culpa abrumadora y tánto error terrible como florecieron durante el ciclo bélico de los cinco años. Frente á tánta absurda insania y tal furor suicida, no cabe ya ni la horripilación, ni el odio ni el lamento: sólo armados con la triste sonrisa de la piedad podemos asomarnos á esa vorágine en que los hombres se precipitan y sucumben, como arrastrados por un satánico delirio.

JESÚS-SEMPRÚM.

PROFANA

—

Se dibujó en las sombras tu silueta
á favor del crepúsculo de luna,
que lento derramábase con una
sutil melancolía en la glorieta.

Descendiste al jardín, donde al violeta
aroma que la ráfaga importuna
hurtaba en el jardín, pronto se aduna
tu volátil aliento de coqueta.

Y ya en el verde kiosko festonado,
rindiéndose á su dardo tu hermosura,
triunfó de ti el amor trágicamente.

Mientras que del follaje saturado
de resinas, un cisne todo albura
el vuelo levantó lánguidamente.

JOSÉ IGNACIO ESTEVES.

Caracas.—1909.



Alberto DURERO: La Melancolía

EL SUICIDIO DEL DOCTOR

—

La misma cara de siempre, cara de muñeco rubio, inexpresiva, simple. Escrito estaba que así en la vida como en la muerte, el pobre Doctor Suárez sería un irrespetable.

Mientras vivió, nunca fue tomado en serio. Hombres y mujeres se reían de su figurilla breve y de su necedad inmensa. Donde llegaba se hacía inmediatamente una atmósfera especial, mala atmósfera en que no se respiraba sino crueldad y burla. Todas las pequeñas ferocidades de las gentes se unían para morder aquella carne de sainete, para sacar del Doctor lo ridículo cuotidiano. Por fortuna, Suárez oponía á todos los dientes, como un bronce, su incomprensión. Buen blindaje que lo resguardaba del dolor, que le permitía sonreír, tranquilo, en medio al venenoso vuelo de las flechas!

En el fondo, era trágico. Ninguno de los que lo tenían como un blanco cómico al que disparaban complacidos todas sus bromas, podía imaginarse cómo en aquella alma había un manojo de puñales. Así, cuando corrió la primera noticia sobre el suicidio de Suárez, no hubo quien no lo tomara á guasa, creyendo pura fábula lo que era realidad.

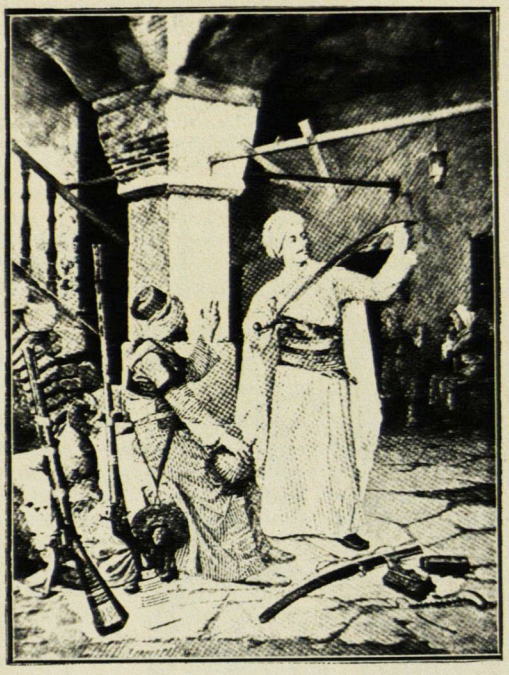
Y allí estaba ahora el pobre Doctor, en la exigua sala de su casita de soltero, entre cirios, en lujosa urna, envuelto en blancas telas. Pero ni la muerte logró poner sello severo á su fisonomía. Era la misma cara de siempre, cara de muñeco rubio, inexpresiva, simple...

*

Alrededor del suicidio florecieron, numerosas, las leyendas. Para la mayoría, fue caso de locura. Cómo conceder al Doctor Suárez el mérito de la resolución tremenda, la fuerte aptitud que requiere ese trance en que el hombre le da la voz de alto á su propia vida y pisa resueltamente los tenebrosos caminos de la muerte? Nó! Solamente una furiosa racha de manicomio pudo hacer de aquella banal alma incolora una intensa alma roja.

Yo tuve ocasión de conocer la verdad. Eran pasados dos días del suceso. Por la noche, se me ocurrió visitar á Fernando Prado, íntimo amigo del muerto y que desde hacía bastante tiempo habitaba en la misma casa de Suárez.

Lo encontré en la sala, allí donde dos días antes contemplara al suicida metido en lujoso ataúd y entre largos cirios. Nada fúnebre subsistía. Bajo la gran claridad de la araña eléctrica, los muebles de tonos claros, los espejos límpidos, los bibelots, todo tenía un



H. BEY: Probando el filo de la cimitarra

aspecto alegre. Fernando, sentado en un diván, fumaba. Ante él, en una mesilla, se veían una botella de brandy y varias copas.

—Llegas muy á tiempo—me dijo.—Me ayudarás á continuar la tanda. En estos días, para mí el licor es una necesidad. Y no puedo beber sino en compañía. No me explico al bebedor solitario...

Vaciadas las copas, hablamos, como era natural, del suicidio de Suárez. Repasamos los diversos comentarios del público. Para todos tenía Fernando un encogimiento de hombros, una sonrisa, un gesto desdeñoso.

Y mientras hablábamos el litro de brandy iba pasando rápidamente á nuestros estómagos.

Llegó un momento en que mi amigo, que ya tenía anticipados varios tragos á los que tomábamos juntos, empezó á dar muestras de encontrarse poseído por el licor.

De pronto, con voz baja, en actitud confidencial, me habló así:

—Eduardo Suárez era pobrísimo de espíritu, pero millonario de corazón. Con aquel aire insustancial que le veían, sentía, sin embargo, muy hondamente. No comprendía los innumerables epigramas que le hacían, y esto, hasta cierto punto, y dada su sensibilidad, estaba bien que así fuera. No obstante, su candidez le fue fatal. De ella murió... Lee.

Y me alargó una carta, en la que Suárez se despedía de él y le historiaba el dolor que le llevaba á la muerte.

«Nunca supuse—le decía—que habría de sufrir de una de esas fatalidades que creemos únicamente propias de los novelones. Mi situación no tiene otra puerta de salida que la del suicidio. Juzga tú y verás si la boca del revólver no es, en un trance como el mío, la única que puede darnos una solución satisfactoria.

Sabes tú, como lo saben otros muchos, que yo he ignorado siempre á mis padres. Educado por caridad quiso la suerte que llegara á alcanzar una muy regular posición en esta sociedad. Aquí, donde no se le pregunta á nadie quién es, ni de dónde viene, cualquier advenedizo triunfa rápidamente. Yo triunfé, pues, y tú sabes cómo era agasajado en muchos salones. Viví bastante tiempo, si no plenamente feliz, por lo menos satisfecho, tranquilo.

Pero me enamoré locamente! Ya sabes tú de quién, puesto que fuiste tú el primero á quien confié mi enamoramiento. Pues bien, María Rivas, desde el primer momento se me manifestó propicia. Día á día mi amor fue creciendo hasta que al fin, después de muchas vacilaciones, me resolví á hablar con su padre. Así se lo hice saber á María, que aprobó mi resolución. Lleno de temor, dije una noche á don José que necesitaba tratarle un asunto grave. Inmediatamente me condujo á su oficina. Me sentía lleno de timidez. Don José podía figurarse que sólo su alta posición y sus dineros habrían influído en mí para que aspirase á entrar en su familia...

Con voz trémula, torpemente, le expuse mi pretensión.

Con aire de misterio, el viejo cerró la puerta y la ventana que daban al patio de la casa.

Después se puso ante mí completamente transformado. Su faz, siempre tan risueña, estaba trágica. En sus ojos se mezclaban el asombro y el dolor

—Hé aquí—me dijo—uno de los más terribles trances en que encontrarse puede la vida de un hombre. En este momento me siento como aplastado por el destino. Es pavoroso, verdaderamente pavoroso, lo que me sucede!

Yo estaba aterrado. Al fin me aventuré á inquirir la causa de aquella tan extraña actitud.

Entonces, don José se mesó los cabellos y con voz ronca exclamó:

—Nó! No lo sabrás nunca! Primero la muerte! Este secreto bajará conmigo á la tumba!

Luego, meditando un momento, se puso á monologar en esta forma:

—Pero, si yo llego á morirme, y este matrimonio se verifica...Por no querer hablar, no seré yo culpable de ese hecho infame, horroroso? Tengo derecho á guardar silencio cuando ese silencio puede ser causa para la desgracia de dos seres? Yo hablaré... Pero nó... no es posible.

Y mirándome con ojos extraviados, me gritó:

—Te debe bastar con saber que esa unión sería abominable, un verdadero crimen!

Llegué á creer que don José había enloquecido.

—Pero, señor, no comprendo...

—Ni comprenderás nunca, desdichado! Huye, huye, sin preguntar!

Y empezó á pasearse á grandes pasos. Yo, inmóvil, sin saber qué pensar, sin saber qué hacer, lo veía discurrir y callaba.

De pronto se enfrentó conmigo y me miró largamente, fijamente. Su voz resonó ronca, llena de emoción:

—Después de todo, mejor es que lo sepas. Tú... tú eres... mi hijo!

Como en un vértigo de espanto, no pensé sino en huir. Abrí la puerta y atravesé el patio... Pronto me encontré en la calle.

Después de muchos pensares, me resolví a volver á casa de don José, con la esperanza de que el viejo estuviera loco. Me recibió él solo, conversó conmigo tranquilamente de diversos asuntos. Luego, al despedirme, ya en la puerta, me dijo:

—No olvides mi revelación de ayer. Guarda el secreto y descuida. Yo me encargo de tu suerte.

No me queda duda sobre esta paternidad inesperada, asombrosa, terrible. Y estoy más enamorado que nunca de María, de mi hermana!

Comprendes mi situación? No crees que debo morir?...»

*

Asombrado, devolví la carta á Fernando.

—Y bien! qué te parece? No es realmente una historia extraña?

—Y tan extraña! le dije. Puedes creer que estoy verdaderamente estupefacto.

—Mas lo estarás cuando sepas el epílogo. Yo fuí ayer casa de don José y le mostré esta carta.

—Y qué?

Que el viejo puso este comentario sobre el dolor del pobre Eduardo y el horror de la muerte:

Lo que es la necedad de algunos hombres. Nunca me figuré que el pobre Suárez tomara tan por lo serio aquella broma...

CARLOS PAZ GARCÍA.



Joseph BAIL: Tejedoras





PERFECTA MONAGAS

DE BOLET PERAZA

—

† en Nueva York
el 28 de setiembre de 1909.

¡Cuán hondo sello de dolor imprime
Al pobre corazón que el llanto baña,
Saber que has muerto y que tu frente oprime
El peso abrumador de tierra extraña!....

*

Nivea paloma que en fugaz gemido
El hálito inmortal doliente exhalas,
Cuando afanosa al suspirado nido
Pensaste alegre desplegar las alas:

*

Ya nunca más respirarás ufana
El ámbar de tus cármenes floridos,
Ni la estrella verás de la mañana
Reflejarse en los lagos adormidos;

*

Ni el manso arroyo en cuya clara linfa
Se retrató tu imagen seductora
Cual la gallarda, pudorosa ninfa,
Que en cristalinos manantiales mora;

*

Ni de la luna el argentado coche,
Ni el sol verás, que entre las nubes arde,
Ni cuando se abre, flor de luz, el broche
De tu hermano, el lucero de la tarde.

*

Tu nombre hoy dice lastimero el aire
Que entre las flores, tus rivales, gira,
Y va tu nombre sollozando el Guaire
Al compás de los trenos de mi lira.

*

Porque hondo sello de dolor imprime
Al pobre corazón que el llanto baña,
Saber que has muerto y que tu frente oprime
El peso abrumador de tierra extraña.

FELIPE TEJERA.

Caracas: 2 de octubre de 1909.

DIGITAL UCAB

CORAZON CRIOLLO

—

Las tropas del Gobierno marchaban en persecución de los revolucionarios salidos la noche anterior de la ciudad, en actitud subversiva.

Eran á lo sumo cien hombres, precedidos de cincuenta de á caballo, y á la retaguardia, un cañoncito de escaso calibre y mecánica antigua, célebre en las campañas lugareñas de la localidad. La comitiva desfilaba por los extramuros, entre la curiosidad de las mujeres que venian del campo y la chiquillería de los arrabales.

Al frente de la fuerza iba el general Heriberto Rosales, de los Valles de Aragua, oficial del Legalismo el 92, *el torón de los Valles* como lo llamaban sus admiradores. Amplio el sombrero de pelo de guama, color de araguato; caballero en un rucio pasitrotrero, el mejor de las caballerizas de don Anselmo; el ojo negro, con un recelo melancólico en el fondo de la retina; el labio sensual, casi escondido entre el frondoso bigote, y en todo él, personalizada la audacia de los guerrilleros venezolanos.

Con Rosales venía un grupo de oficiales del centro, algunos orientales y varios de la provincia revolucionada. Fuera del general, todos marchaban á pie, que tal era la orden terminante del Jefe:

—Conmigo, no más que anda montada mi mujer!

El cementerio había quedado atrás. Pocos pasos y estarían en plena sabana. La ciudad destacaba sus cúpulas, con cierto encanto oriental. Los que venían á la retaguardia si hubieran tornado á mirar habrían visto el panorama desordenado de la vieja metrópoli provincial, con sus casas irregulares, sus calles torcidas y el espectáculo magnífico del lago, rizado de espumas, colérico, rebelde como sus vecinos y como sus vecinos queriendo romper las murallas opresoras.

Esa ciudad! Esa vieja metrópoli provincial es compleja en su psicología. Con fama inmemorial de ser la más intelectual entre todas las ciudades del país—nombrémosla—Maracaibo tiene un alma revolucionaria, no en el sentido trágico del vocablo, sino en el sentido mental. Pueblo laborioso como ninguno, ama la paz con vehemencia íntima, pero pueblo pensante ama el civismo con igual vehemencia. Cuando alguno de los caudillos nacionales empuña la bandera de la insurrección y váse al campamento, los maracaiberos se dividen en bandos, se hacen apuestas acerca de cuál, si Gobierno ó revolución será el triunfador, pero el entusiasmo político no los lleva á la lucha armada; asiduos cada uno de su trabajo ó empresa, enemigos por mayoría de los desenfrenos de la guerra civil, pero dotados en sí de una altivez ciudadana ignata que les hace adversarios implacables de toda tiranía y llenos de una noción señoril del propio individuo (hasta en el camarero más humilde), que les hace ser insuperables como oficiales y desertores como soldados.

El Libertador confiesa que hubo maracaibero que se desertara desde el Perú para no servir como soldado raso, pero en cambio «déles usted—dice don Simón—un galón y los verá morirse como héroes.» Todo esto no procede sino de esa noción señoril del individuo, á quien la madre—cocinera ó dama—enseña á leer y á escribir desde pequeño, y en cuyas manos pone, terminado el segundo libro de Mantilla, el volumen popular, á la rústica, de la Constitución de Venezuela, que impresa en almanaquitos, se da de *ñapa* en las boticas.

Por ello, Maracaibo, intensamente civilista, resulta exótica en un país militarizado hasta la médula como Venezuela. Por ello esa ciudad que entusiasmándose por la revolución francesa y la historia de Francia, prefiere y sigue la historia de Suiza, queda completamente despoblada de trabajadores, cuando el reclutamiento forzoso extiende en la ciudad, en época de guerra, sus tentáculos de hierro. En esos días un movimiento revolucionario había estallado en el centro de la República y la noticia de la guerra levantaba los ánimos en una actitud dramática.

El caudillo rebelde, conocido en la ciudad, á la cual había inflamado años antes con un discurso electoral, lleno de símbolos patrióticos, no encontró en ella sino una onda de entusiasmo. Pocas veces la pasión política ha subido á grados tan altos, pero nadie fué á la guerra. Sólo un grupo demasiado fanático, sugestionado por la propaganda partidarista que noche y día echaba sus campanas al vuelo; impelido por la fiebre de la juventud que es siempre demasiado sincera en sus arrebatos; sólo un grupo de adolescentes en su mayoría, acompañados de soldados de otros lugares, de paso en la ciudad, enarboló el estandarte de la guerra, tomando el camino sin éxito de las sabanas maracaiberas.

A este grupo de cincuenta hombres en su mayoría iba persiguiendo el invicto general Rosales—el torón de los valles—como lo llamaban sus admiradores.

¿Quién era el Jefe enemigo, el caudillo de aquella partida de mozalbetes y forasteros, de la cual decía el propio general Rosales:

—No me aguantan la primera carga?

Era el general Esteban Reñazco, guayanés domiciliado hacia muchos años en la provincia y con una barba blanca majestuosa que hacía fruncir el ceño á las gentes sencillas. Podía decirse que aquella barba influía más que la espada en su reputación de militar valeroso.

—Es un tigre!—se decía en los corrillos al verlo pasar.

—El hombre es mucho Jefe! agregaban otros.

Y el general Reñazco pasaba, lento, los ojos sombríos, una expresión dramática en el semblante tremebundo. A su paso las esquinas se despejaban cediéndole campo entre dos hileras de jóvenes que lo saludaban con una especie de superstición. Se dió más de una vez el caso de que, en una tertulia, hablándose de un asunto, el general Reñazco tosiera fuertemente y el asunto fuera olvidado, temerosos los contertulios, jóvenes en su mayoría, de ofender al Héroe.

De manera que el alzamiento del cejijunto militar electrizó la ciudad. Numerosos vecinos mandaron de prisa al mercado público por comidas para quince días, lo menos.

—Ahora sí va á haber plomo—se decía en las plazas.

—Les aseguro una cosa—rugía un alarmista.—Reñazco no pelea sino con dinamita pura.

—Ahora sabrán ustedes cómo se toma una plaza—decía un viejo militarizado.—Yo conozco á Reñazco, oficial de los Monagas, cincuenta años de servicios, oh!, un león!

* * *

Mientras esto sucedía por aquí—como se dice en las novelas—por allá, en plena sabana había acampado el general Rosales, el jefe de la expedición gobiernista.

En el pequeño campamento había una bulliciosa animación. Un cielo nupcial, de esos cielos de las noches de junio, en que se siente una divina sensación de éxtasis, servía de techo á las tropas perseguidoras.

Diversos diálogos se escuchaban en el corto círculo del vivac. Dos oficiales discutían:

—Eso está en la Constitución!

—Pues no está!

—Le digo que sí, y dice: «La absoluta libertad del pensamiento de palabra ó por escrito».

Un regular auditorio se había formado en torno de ellos, entre cherchas y cuchufletas.

—Voy al talisayo! gritaba éste.

—Me apunto al cenizo!—contestaba aquél

—Continúe la discusión!

En eso se llegó al grupo el teniente Simón, un indiecito guaireño, burlón y perverso como un mono:

—Vamos á ver! A que los maracuchos tienen un nombre retórico! Ahora verá! ¿Cómo te llamas tú?

—Yo? Aristófanes Quintero!

—Y tú?

—Pitágoras García!

—No se lo decía? Aquí para llamar la gente se necesita un diccionario! Ah! Yo! para conocerlos.

Pitágoras no aguantó la burla:—Usted es el que menos derecho tiene á criticar á nadie, porque usted no sabe escribir siendo todo un teniente y hasta falta al Código que ordena que todo militar sea cualquiera su graduación debe saber escribir.

—Pero sé pelear!—le contestó Simón.

—Como yo también lo sé, pero con conciencia.

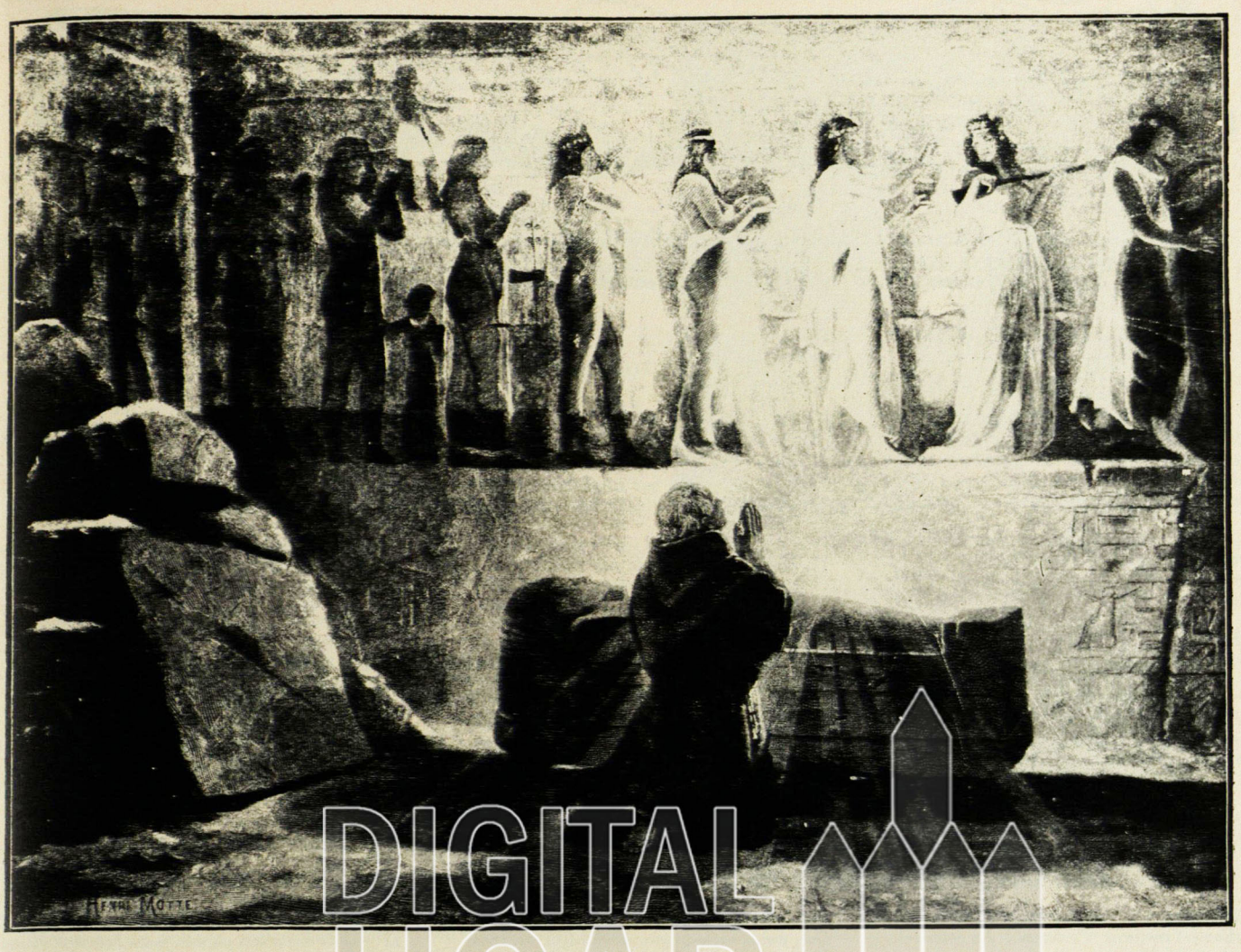
—Qué va, niño de Atocha!

—Silencio gritó el general Rosales, espada en mano! Estos maracuchos no sirven sino para picapleitos; y aquí no estamos en el Congreso sino donde mono no carga á su hijo.

Eran las cuatro de la mañana cuando el General ordenó el toque de marcha. Dos individuos viajeros para la ciudad, capturados en la noche, habían comunicado que el enemigo estaba durmiendo en *El Mamón*, á legua y media de distancia.

—A las seis los estoy desayunando! —decía el torón de los valles.

Y fue efectivamente á las seis cuando



H. MOTTE: San Antonio en la cueva de los muertos

empezó el tiroteo. El día asomaba en los cielos, entre nubes rosadas, como en una alegoría de Reuter. La sabana era escueta, árida, parecida á esas estepas desoladas de Rusia que el genio descriptivo de Máximo Gorki nos pinta tan maravillosamente. Apenas un grupo de árboles surgidos ahí, como por milagro, decoraba la sequedad inconsolable del paisaje. La caballería cambiaba tiros con los facciosos y la infantería, en dos alas, avanzaba, sirviendo de marco á los jinetes. Al pie del cañón, y custodiado por cinco soldados, se destacaba á caballo la figura patibularia de Heriberto Rosales. Un clarín vibraba, sarcástico, el toque de pasitrote.

El grupo revolucionario atrincherado en los árboles disparaba contra la caballería invasora, á trechos, sin unidad de acción, en fuego salteado.

¿Dónde estaba el general Reñazco, el héroe que detenía con sólo toser una discusión? Ahí estaba, la barba blanca, su mejor presea, como un Moisés criollo.

El viejo veía venir á pasitrote la infantería y ya muy de cerca la caballería.

—Fuego á pie firme! gritó. Aquí se muere hasta el hijo de su madre!

Un toque fatal de corneta, el toque de fuego á pie firme, armar la bayoneta y de degüello, resonó en la sabana como un alarido de suprema venganza.

Los revolucionarios atrincherados hacían fuego en descargas cerradas, con prontitud veterana, pero les fue imposible resistir aquella carga de los gobiernistas. Fue una carga agresiva, bárbara, una carga feroz, llena de odio salvaje, de crueldad primitiva—una carga de perros hidrófobos sobre un rebaño de corderos. Una carga como llena de encono por una ofensa suprema, sin piedad, á punta de bayoneta y golpe de bala.

El general Reñazco gritaba, aterrorizado, como poseído de manía de persecución:

—No me maten! Yo soy liberal. Yo soy amigo de Rosales.

Un soldado, los ojos de un verde fosfórico, le apuntó sonriendo:

—Ah! viejo sinvergüenza!

—No me mates!—imploraba el Héroe temblándole la barba.

El tiro salió, recto al corazón. El viejo alzó los brazos y cayó.

El soldado se le fue encima á despojarlo.

Sólo un grupito resistía dentro de la pequeña casa de *El Mamón*, en donde los revolucionarios habían pernoctado en la noche, y en donde hallaron refugio en la carrera desatentada.

Ahí estaba Eugenio Sandoval, mozalbete de las esquinas, flor de la clase media, de esos alucinados por el uniforme militar, los versos de Díaz Mirón y las proclamas revolucionarias.

Era el abanderado. Las tropas sedientas de sangre rodeaban la casa.

—Ríndanse!—gritaba un oficial.

—Nó! Viva la Revolución!

—Péguele fuego á la casa! gritó furioso el general Rosales.

Yo creo que Eugenio Sandoval conocía la frase del Libertador refiriéndose al heroísmo de los oficiales maracaiberos.

Incendiada la casa, derribada una puerta se pudo ver morir, como en un tercer acto de Esquilo, á aquel Eugenio Sandoval, envuelto en la bandera tricolor, el revólver en la diestra, como un tipo de novela.

EMILIANO HERNÁNDEZ

Caracas, 1909.

LA ULTIMA CARETA

—

La miseria se ríe. Con sórdida chuleta,
Su perro lazarillo le regala un festín.
En sus funambulescos calzones va un poeta,
Y en su casaca el huérfano que tiene por Delfín.

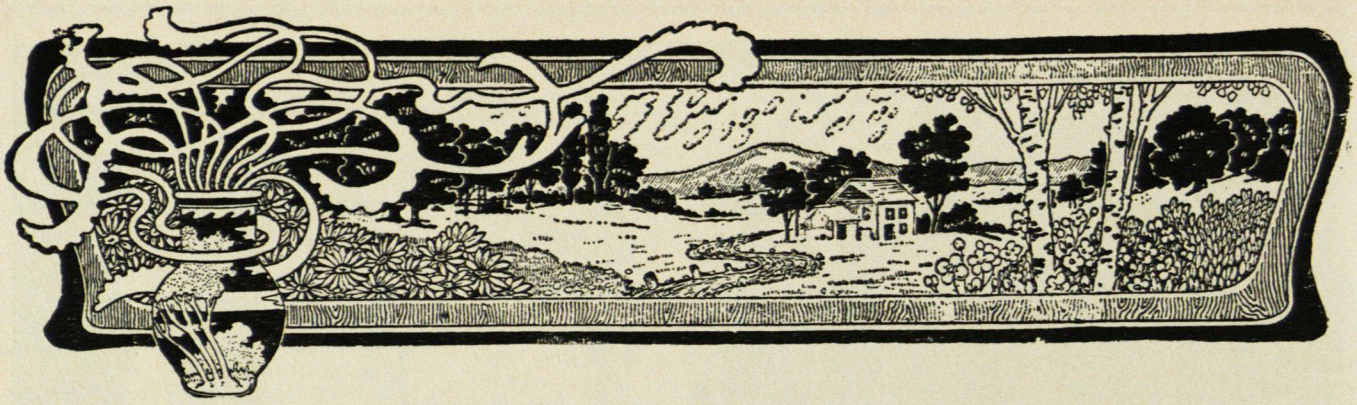
El hambre es su pandero, la luna su peseta
Y el tango vagabundo su padre nuestro. Crin
De león, la corona. Su baldada escopeta
De lansquenete impávido suda un fogoso hollín.

Va en dominó de harapos, zumba su copla irónica.
Por antifaz le presta su lienzo la Verónica.
Su cuerpo, de llagado, parece un huerto en flor.

Y bajo la ignominia de tan siniestra cáscara,
Cristo enseña á la noche su formidable máscara
De cabellos terribles, de sangre y de pavor.

LEOPOLDO LUGONES.

DIGITAL UCAB



SON PARA TI.....

—

Son para ti, oh Evadne, mis épodos.... La Musa
Preludiará el acento que mis dolores narra,
Imitaré en mi flauta la voz de la cigarra
O entre los verdes juncos la queja de Arethusa.

¿ La miel del beso, esquivo, tu labio me rehusa ?
Eros, el dios astuto, mi corazón desgarra....
Por eso, imito el triste rumor de la cigarra,
O entre los verdes juncos, el llanto de Arethusa.

Perdido entre la selva de tus cabellos rubios,
Oh Evadne, me embriagaron los cálidos efluvios
De tu dorada y virgen y ardiente primavera....

Hoy, sin ventura y ciego, como el pastor errante,
Abrazo en el vacío tu sombra, delirante,
Y sueño, en cada brisa, besar tu cabellera!

A LA VICTORIA ALADA

—

Extiende tus dos alas sonoras y serenas,
Que hincha el viento del golfo con impaciente anhelo,
Victoria consagrada, que acarició en su vuelo
Los mármoles augustos de la invencible Athenas !

El sol inunda en oro tus vírgenes antenas ;
Te cubre con su manto de azur el hondo cielo :
Con tu pupila rasgas impenetrable velo
Y los sutiles monstruos del Báratro encadenas.

Victoria que, de Jerjes, innúmeras legiones
Vió en Marathon huyendo, clavados los talones
Por las agudas flechas de los hoplitas griegos ;

Que los triunfales himnos oyó de Salamina :
Acoge nuestros votos, escucha nuestros ruegos,
Y tus alas proyecten su ancha sombra divina !

YO PALPO MI MISERIA.....

—

Yo palpo mi miseria, yo siento la amargura
Rasgar con negro diente las glorias del Panida ;
Allá, en lejana selva, los sueños de mi vida
Cayeron cual leones que abate el hacha obscura.

De todo desencanto sentí la mordedura
y todas las traiciones dejáronme una herida....
Al pie de los escombros mi Musa está dormida ;
Me cierra entre sus garfios la pálida locura....

Adiós amores, cantos, embriagueces divinas,
Boscajes florecidos de frescas eglantinas,
Senos de virgen, bocas de besos perfumadas....

Adiós, roce inefable de rubias cabelleras,
Febril deshojamiento de rosas, primaveras,
Raptos de ninfas trémulas en las tardes doradas !

EL GLAUCO MAR.....

—

El glauco mar ignoto, sereno, adormecido,
Invítame á surcarle. Partamos... La galera
Cual un esbelto cisne, gallarda nos espera,
Con su impaciente y blanco velamen extendido.

Se agita la oriflama, cual una cabellera
De púrpura flotando sobre el mástil erguido :
Rasguemos las entrañas del mar desconocido
Con rumbo á los jardines de la Thulé postrera...

Y si las tempestades nos siguen bramadoras,
Luchemos con su furia ! . Magníficas auroras
Alumbrarán los cielos de Atlántida lejana....

Ophir, sus torres de oro levantará en la bruma ;
Y mostrarán, distantes, surgiendo de la espuma,
Sus campaniles de ópalo, Goiconda y Trapobana.

A LA MOYRE

—

Oh pálido ! oh terrible ! oh adusta compañera !
Que, con el vuelo trágico de tu vagar nocturno
Vienes desde tu recinto lejano y taciturno
Donde Carón habita, donde la noche impera.

¿ Para el helado beso tu boca nos espera ?
En vano el labio gime sus ruegos á Saturno,
Que al sigiloso y fúnebre rumor de tu coturno
Tiembla en su choza el hombre y en su cubil la fiera !

Vén ! impasible agito las dracmas del barquero,
Que llevará en su esquife fantástico y ligero
Nuestras dolientes sombras, á la Thulé de olvido....

Corona de asfodelos á mi marchita frente,
Celosa y despiadada, tus manos han ceñido...
Y abordaré al Estigia con paso indiferente.

CINCELARÉ LOS FLANCOS.....

—

¿ Cincelaré los flancos del ánfora sonora ;
El vaso de dos ansas para el festín heleno ;
El cargasio de oro para el púgil sereno ;
El lauro que la frente del vencedor decora ?

¿ Haré vivir el mito de Artemis cazadora,
La juventud de Bakos, el triunfo de Sileno,
Ariadna, que de Naxos en las riberas llora,
O Fedra, acariciando la copa de veneno ?

¿ Burilaré en la piedra sutil bajo-relieve,
Esculpiré en el Paros, de fibras como nieve,
Gorgonas y erizadas cabezas de Medusas ?

¿ O bien, la dulce fábula del cisne junto á Leda ?
La ronda de las Gracias ?.... Apolo Citareda
Cantando y conduciendo la danza de las Musas ?..

LACRYMÆ.....

—

Yo sé que en un recodo funesto del camino
Encontraré los torvos hermanos de la Muerte :
El Odio, la Tristeza, y el Hambre— de tal suerte
Me clavará sus flechas, irónico, el Destino.

En esta Edad de Hierro, yo soy el peregrino
Librado á las argucias brutales del más fuerte...
¡ A tus arqueros negros, Dolor, mi paso advierte,
Y en mi Miseria claven su dardo agudo y fino !

Pero, al herir la carne dolicnte y abatida,
Dos alas inmortales pondrás sobre la herida,
Oh Esfinge ineluctable ! oh Muerte vencedora !

Pues, en el roto mármol de mi Ensueño disperso
Cincelaré una urna con el buril del verso,
Donde vendrá á llorar sus lágrimas la Aurora.

LOS PELASGOS

—

Eran los reyes bárbaros de Tyrinto y Mycenas,
De una raza de cíclopes audaz y vencedora ;
Llegaron de las Islas lejanas de la Aurora
Y sangre de leones corría por sus venas.

Abuelos formidables de las tribus Helenas !
El torso gigantesco, la voz dominadora,
Los músculos de bronce, la fuerza aplastadora...
Y el Verbo de oro y seda que saben las Sirenas....

Levantaron murallas enormes y sombrías
En torno de ciudades titánicas, bravías,
Esperando el asalto de guerreros feroces.

Y por sus almas rudas, frenéticas y huraña,
Como tropel de nubes en ásperas montañas,
Desfilaban combates de Cíclopes y Dioses !

AL PASADO

—

A ti llevo mi ofrenda, Pasado esplendoroso ;
A ti vuela mi espíritu, para calmar su ardiente
Sed de ideal Belleza ; me embriago en tu corriente
Y tu Peán escucho, distante y clamoroso.

Tus genios abolidos cruzan en luminoso
Desfile, por el fondo de brumas del Poniente ;
Y el Parthenon derruido yergue su blanca frente
Como un himno de mármol, triunfal y prodigioso.

Yo cantaré tus dioses, tus viejas theogonías.
Tus vírgenes, tus héroes, tus nobles alegrías,
Tus púgiles audaces venciendo en la palestra.

Con tus columnas rotas haré un altar divino,
Encenderé la mirra del verso cristalino
Y tu laurel simbólico levantaré en la diestra !

LEOPOLDO DIAZ.

Sonetos inéditos, que agradecemos al ilustre poeta argentino.

DIGITAL UCAB

UNA GUERRA DE SAHIBS (*)

—

(NOVELA)

—

¿Un salvoconducto? ¿Un salvoconducto! ¿Un salvoconducto? Ya tengo uno, un salvoconducto que me permite viajar en el tren desde Kronstadt hasta Stellenbosch, donde se encuentran los caballos, donde deben pagarme y de donde regresaré á la India. Soy caballero en el Gurgaon Rissala, el 141 de caballería del Pundjab. No me coloquéis en el rebaño de esos cafres negros. Yo soy Sikh, caballero del gobierno. El teniente sahib no comprende mi lengua. Hay en este tren algún sahib que quiera servirle de intérprete á un caballero del Gurgaon Rissala, que cumple con sus deberes en este país inventado por el demonio, donde no encuentra uno ni aceite ni especias, ni harina, ni pimienta roja, ni señales de respeto para un sikh? No puede esperarse auxilio de nadie!.....Alabado sea Dios! Hé aquí al sahib que pedía! Protector del Pobre, Hijo del Cielo, decidle al joven teniente sahib que yo me llamo Umr Singh; soy—era—servidor de Kurban Sahib, hoy difunto, y poseo un salvoconducto para ir á Stellenbosch, donde están los caballos. No lo dejéis que me ponga junto con la manada de estos cafres negros..... sí, voy á sentarme cerca de este billar, hasta que el Hijo del Cielo le haya explicado el asunto al joven teniente sahib que no comprende nuestra lengua.

....

¿Cuáles órdenes? El joven teniente sahib no me retendrá? Bien! ¿Voy con el Hijo del Cielo? Perfectamente. Entonces, por hoy soy yo el servidor del Hijo del Cielo.

¿El Hijo del Cielo se dignará sentarse? Hé aquí un asiento vacío; yo voy á tender mi manto en un rincón, aquí—pues el sol está caliente, aunque no tan caliente como en nuestro Pundjab en mayo. Voy á tenderlo en el aire, y á arreglar este trono así, á fin de que su Honor pueda sentarse cómodamente mientras Dios nos envía un tren para Stellenbosch.....

¿Su Honor conoce el Pundjab? ¿Lahore? ¿Amritzar?..... Attaree acaso? Mi aldea está al norte y como á tres millas de Attaree, junto á la gran casa blanca que ha sido copiada en cierto palacio de la Gran Reina por.....por.....se me ha olvidado el nombre. ¿Su Honor se acuerda? Syrdar Dyal Singh Attareewalla! Sí, ese es el hombre; pero cómo lo sabe su Honor? Verdaderamente nacido y criado en la India? O..... o..... oh! La cosa varía de especie! La nodriza del Sahib era una mujer Surtee, de los lados de Bombay? Es lástima! Debiera haber sido más bien una mujer del Norte, pues son todas nodrizas sólidas. No hay país como el Pundjab. No hay pueblo como los Sikhs. Umr Singh es mi nombre, sí! ¿Un viejo? Sí. ¿Nada más que simple caballero al cabo de tantos años? Sí. Míreme el uniforme el Sahib, si acaso abriga la menor duda. Nó, nó; el Sahib mira demasiado cerca. Hace mucho tiempo que fueron arrancadas todas las insignias de grado; pero —es verdad — el mío no es de paño común, del que se sirven los simples soldados para sus dolmanes, y el Sahib tiene buenos ojos—esta marca negra es la que deja una cadena de plata cuando se la ha llevado mucho tiempo al cuello. ¿El Sahib pretende que los simples soldados no usan cadenas de plata? Nó, nó! ¿Los simpies caballeros no usan la orden del British India? Nó. El Sahib debiera formar parte de la policía del Pundjab. Yo no soy simple soldado! Yo he sido sirviente del Sahib durante cerca de un año, maestresala, barrendero, ayuda de cámara, una ú otra cosa, ó las tres á un tiempo. El Sahib dice que los Sikhs no ejercen nunca el oficio de criados? Es cierto; pero yo lo hacía por Kurban Sahib, muerto hace tres meses!

....

Era joven, tenía el color rosado, los ojos azules—y andaba dando brinquitos sobre los pies cuando estaba contento, y hacía crujir las coyunturas de sus dedos.

Así hacía antes que él su padre, que era comisario delegado de Jullunder en los tiempos del padre mío, cuando yo formaba parte del de Gurgaon Rissala. ¿Mi padre? Iwala Singh. Un sikh entre los sikhs, que combatió contra el inglés en Sabraon y llevó consigo las señales de ello hasta la muerte. De este modo nos encontrábamos unidos por decirlo así por los lazos de la sangre, yo y mi Kurban Sahib. Sí, me acuerdo de que yo era ya cabo de escuadra en la caballería...y mi padre me regaló aquel día un caballo isabelino de la cría suya; en cuanto á él, era un babá pequeñín que estaba sentado con su aya junto á una pared, cerca del campo de maniobras, todo vestido de blanco, Sahib, y riéndose al fin de nuestros ejercicios. Y su padre y el mío conversaban juntos, y el mío me hizo una señal con el dedo, y yo bajé de mi caballo, y el babá puso su mano en la mía.....hace de esto dieciocho.....veinticinco.....veintisiete años ahora .....Kurban Sahib.....mi Kurban Sahib!..... Oh! fuimos grandes amigos después de esto! Le salieron los dientes, como suele decirse, sobre la empuñadura de mi sable. Llamábame el Gran Umr Singh—Gwand Umwa Singh—pues no sabía hablar bien aún. Sería así como de esta altura, Sahib; pero conocía á todos nuestros jinetes por su nombre.....á todos.....y partió para Inglaterra y se convirtió en un real mozo, y terminó por regresar, brincando un poco al andar y haciendo crujir las coyunturas de sus dedos, para reunirse con nuestro regimiento y conmigo. No había olvidado ni nuestra lengua ni nuestras costumbres. Era un Sikh por el corazón, Sahib. Era rico, generoso, justo, amigo de los pobres soldados, hábil para comprender y adivinar las cosas, socarrón despreocupado. Podría contar historias de él en sus primeros años. No me ocultaba nada á mí. Yo era su Umr Singh; y cuando estábamos solos él me llamaba Padre y yo lo llamaba Hijo. Sí: de ese modo era como nos hablábamos. Conversábamos libremente de todo, de guerra, mujeres, dinero, ascensos y todo lo demás.

Hablábamos de esta guerra actual, mucho tiempo antes de que se declarara. Había muchos *box-wallas* (1) y comerciantes, hasta Pathans, en este país, principalmente en la ciudad de Yunasbagh (Johannesbourg), y nos enviaban noticias todas las semanas, contándonos cómo los sahibs se encontraban inermes bajo el talón de los Boer-log, (1) y que se arrastraban grandes cañones por las calles, de arriba abajo, para infundirles respeto á los Sahibs; y que un Sahib llamado Eper Sahib fué muerto como por broma por los Boer-log. ¿El Sahib sabe que nosotros en la India conocemos todo lo que pasa en el mundo?

No se armaba un fusil en Yunas bagh sin que el eco no llegara á la India un mes después. Los sahibs son gente muy hábil; pero olvidan que su habilidad ha creado la *dak* (2) y que por unos centavos puede saberse todo. Nosotros en la India escuchábamos, oíamos y nos quedábamos admirados; y cuando resultó cierto, según las noticias de los buhoneros y de los mercaderes de legumbres, que los Boer-log tenían cautivos á los Sahibs de Yunasbagh, hubo entre nosotros muchos que hicieron preguntas y esperaron señales. Otros descuidaron la significación de aquellas señales. ¿No fué así, Sahib, como se efectuó la larga guerra del Tirah? Kurban Sahib lo sabía perfectamente y los dos conversábamos del caso. El me decía: «No hay que apresurarse. Pronto vamos á batirnos por toda la India, en esas comarcas que rodean á Yunasbagh.» Decía verdad. El Sahib no es de la misma opinión? Perfectamente. Es también por la India, por lo que los Sahibs están haciendo esta guerra. No se puede gobernar en un sitio y ser dominados en otro. Es menester ó gobernar en todas partes ó en todas partes obedecer. Dios no hace las naciones abigarradas. Cierto.....cierto.....cierto!

Así fueron madurando las cosas, poco á



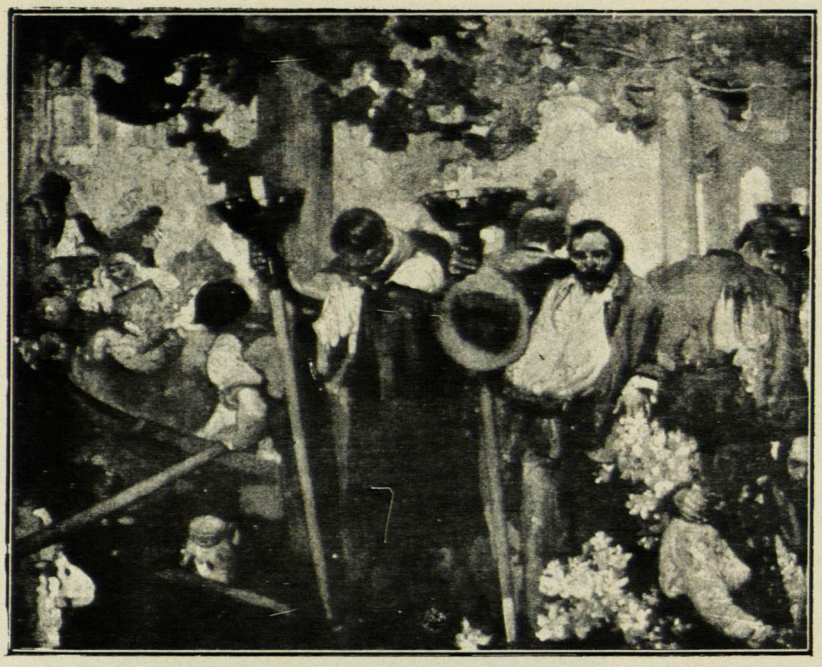
PIERRE CARRIER-BELLEUSE: Cigarra (pastel)

(*) Los ingleses han evitado siempre servirse de sus tropas negras, [hindúes, sikhs, etc,] en sus guerras con pueblos de raza blanca. Por esa razón no utilizaron á sus soldados hindúes en su guerra con el Transvaal. Los hindúes designan al hombre blanco por medio de la palabra *sahib*, especie de título que equivale poco más ó menos al de señor.

[1] Especie de buhoneros hindúes.

[1] *Log* significa pueblo en hindú.

[2] El correo.



FRANK BRANGWYN, A, R. A.—Un funeral veneciano

poco. Esto no me compete á mí; pero yo creo..... y el Sahib comprende, no es así?..... yo creo que es insensato formar un ejército para desalentarlo en la pereza. Por qué no enviaron á buscar á nuestros hombres de las tribus de la frontera? Mil veces locura. Nosotros hubiéramos podido hacer todo esto tan bonitamente!

Un día Kurban Sahib me envió á buscar para decirme: «Dada, yo estoy enfermo, y el doctor me da un certificado por meses y meses» Guiñó el ojo y yo le respondí: «Voy á obtener una licencia, para cuidarte, hijo. Es menester que lleve mi uniforme?» Y el respondió: «Sí, y un sable para que le sirva de muleta al enfermo. Vamos á Bombay, y de allí, por mar, al país de los Hubshís» (1) Fijaos en su destreza! El fue el primero de todos nuestros hombres de los regimientos indígenas que obtuvo licencia por enfermedad y se vino para acá. Ahora ya no quieren permitir que nuestros oficiales se vayan, estén enfermos ó sanos, á menos que no firmen un compromiso de no tomar parte en esta guerra. Pero él era hábil. No había aún el menor estrépito de guerra cuando consiguió su licencia de enfermo. ¿Qué si me vine yo también? Seguramente. Fuí á buscar á mi coronel, y sentándome en la silla (yo soy.....era.....de la jerarquía de aquéllos á quienes se les pone una silla cuando hablan con el coronel) le dije: «Mi hijo se va enfermo. Dadme á mí también una licencia, pues yo estoy viejo y enfermo también.»

Y el coronel, tratándose de «viejo farsante» se puso á bromear como un soldado puede bromear con otro; y me declaró que mi Kurban Sahib era un embustero en lo que concernía á su salud (lo cual era cierto) y á fin de fines se levantó y estrechándome la mano se despidió de mí y me dijo que volviera con mi Sahib sano y salvo.

Volver con mi Sahib!..... Pobre de mí!

De esta manera fuí á Bombay con Kurban Sahib. Pero allí, á la vista del Agua Negra, Wajib Alí, su criado, se detuvo y declaró que su madre había muerto. Entonces yo le dije á Kurban Sahib: «¿Qué importa un cerdo de musulmán más ó menos? Dame las llaves de las maletas y yo sacaré las camisas blancas para la comida.» Luego aporrée á Wajib Alí detras del Watson's Hotel; y aquella noche fuí yo quien preparé las navajas de Kurban Sahib. Repito, Sahib, que fuí yo, un Sikh del Khalsa, un hombre no trasquilado, el que preparé las navajas. Pero no llevaba mi uniforme cuando lo hacía. Por otra parte, Kurban Sahib tomó para mí en el steamer un camarote completamente igual al suyo y quería darme un servidor. Hablamos de muchas cosas mientras veníamos en camino para este país; y Kurban Sahib me contó cómo sería conducida la guerra según sus previsiones. Díjome: «Han aprestado hombres á pie para combatir con hombres de á caballo, y van á querer neciamente demostrar clemencia hacia esos Boer-log, porque se cree que son blancos.» Díjome: «Una sola falta se ha cometido en esta guerra y es que el gobierno no nos ha empleado á nosotros y quiere hacer una guerra enteramente de sahibs. De lo que resultará una gran cantidad de hombres muertos y ninguna venganza se sacará de ello»! Certero hablar! Todo ha sucedido como lo predijera Kurban Sahib!

Y nos vinimos á este país, hasta el Cabo, allá abajo y Kurban Sahib me dijo: «Lleva los equipajes al hotel, que entre tanto yo voy á buscar un empleo que le convenga á un enfermo.» Me puse mi uniforme y me encaminé al hotel llamado Maun Nihâl Seyn é hizo depositar el equipaje en aquel negro entresuelo.....el Sahib lo conoce?.....que estaba ya lleno de sables y de bagajes de oficiales. Todavía está lleno, ahora.....con el equipaje de los muertos!.....Yo tuve buen cuidado de reclamar un recibo por los tres bultos. Aquí lo tengo en mi cinturón. Es menester que aquellos bultos vuelvan al Punjab. Inmediatamente llegó Kurban Sahib de regreso, brincando al andar, signo que ya yo conocía: «Tenemos buena estrella. Vamos á Stellenbosch á vigilar el reparto de caballos.» Acordaos de que Kurban Sahib era capitán del Gurgaon Rissala, y de que yo era Umr Singh. Al punto le dije hablando como lo hacíamos cuando no había nadie presente: «Tú eres palafrenero y yo seré forrajeador; pero acaso eso es una promoción, chico?» Echóse á reír y me dijo: «Es el camino para llegar á algo mejor. Ten paciencia, padre.» Sí, él me llamaba padre cuando no había nadie presente. «Esta guerra no se acabará pronto. He visto á los oficiales sahibs importados, dijo, y son todos unos gansos.....todos.....todos.....todos !»

Así pues, fuimos á Stellenbosch, donde están los caballos. Kurban Sahib servía en este asunto á los servidores. Y todo estaba dirigido sin previsión por nuevos sahibs salidos Dios sabe de dónde, que no habían visto nunca plantar una tienda ni clavar una estaca. Estaban llenos de celo pero vacíos de ciencia. Entonces llegaron de la India, poco á poco, los Pathans—semejantes á esos buitres que vuelan allá arriba, Sahib—olfateando la carnicería.....y llegaron á Stellenbosch algunos Sikhs. Cierto que unos pertenecían á los Muzbees (1)—y otros eran monos de Madras. Vinieron con caballos. Puttiala envió caballos. Jhind y Nabba enviaron caballos. De todos los confines enviaron caballos. Dios sabe lo que ha hecho de ellos el ejército, á menos que no se los haya comido crudos. Servíanse de los caballos como una cortesana se sirve del aceite, á dos manos. Aquellos caballos reclamaban muchos hombres. Kurban Sahib me designó para mandar—qué mando para mí!—ciertos negros—hubshis—cuyo solo contacto y cuya sombra son suciedad. Eran enormes comilones que dormían sobre el vientre y gritaban sin cesar, verdaderos animales en todo. A los unos los llamaban Fingoes y á los otros cafres rojos, pero todos eran cafres.....ordura indecible! Los enseñé á dar de comer y de beber á las bestias, á cuidarlas y á manejar la escoba. Sí, vigilé los trabajos de los barrenderos.....*jemadar de mehtars* (2) fui yo durante cinco meses. Meses de desgracia. La guerra marchaba como Kurban Sahib lo había previsto. Nuestros nuevos hombres fueron muertos, sin que de ello se sacara venganza alguna. Era una guerra de imbéciles que tenían en las manos armas de magia. Cañones que mataban á media jornada de camino, y hombres que, siendo bisoños, marchaban á ciegas por entre las altas hierbas y se dejaban conducir como un rebaño por los Boer-log. En cuarto á la ciudad de Stellenbosch—yo no soy un Sahib, yo no soy más que un Sikh—no hubiera yo alojado en ella más que una sola tropa del Gurgaon Rissala—una tropa escasa—y le hubiera una dado lección á aquella ciudad hasta que sus habitantes aprendieran á besar la sombra de un caballo del gobierno en el suelo. Hay muchos mullahrs (3) en Stellenbosch, los cuales han predicado la guerra santa contra nosotros. Esto es cierto—y todo el campamento lo sabía. Y la mayor parte de las casas estan cubiertas de bálago (4). Una guerra de imbéciles, sí.

Al cabo de cinco meses, mi Kurban Sahib, que había enflaquecido, dijo: «La recompensa ha llegado. Mañana nos dirigimos con caballos hacia el frente, y una vez que hayamos partido me sentiré bastante enfermo para no regresar. Prepara los bártulos.» Fue así como viajamos con algunos cafres, encargados de caballos nuevos para cierto regimiento nuevo que había llegado en un navío. El segundo día de tren, cuando abreviábamos los caballos en un lugar aislado, hé aquí que salió furtivamente de entre las cajas un tal Sikandar Khan, el cual había sido *jemadar de sais* (palafrenero en jefe) en Stellenbosch, y entre nosotros era caballero en un regimiento de la frontera. Kurban Sahib le dirigió horribles insultos á causa de su deserción; pero el pathan levantó las manos como para excusarse, y Kurban Sahib se dulcificó y lo añadió á nuestro servicio. De este modo fuimos tres: Kurban Sahib, yo y Sikandar Khan-Sahib, Sikh y *Sag*. (5) Pero el hombre dijo, y con mucha razón: «Estamos lejos de nuestros hogares y todos al servicio del Raj. (6) Ajustemos una tregua hasta que volvamos á ver á los hindúes». Comí en el mismo plato que Sikandar Khan.....y hasta

[1] Negros.

[1] Siks de ínfima casta.
[2] Jefe de una tropa de hombres viles.
[3] Sacerdotes.
[4] Bálago lleno de fusiles y cartuchos.
[5] Perro.
[6[Gobierno.

carne de vaca, si no me engaño! Declaróme cierta noche que había robado carne de puerco en una caja de hierro blanco, proveniente de la tienda de unos oficiales y que en su Libro, el Corán, está escrito que cuando alguien se encuentra en una guerra santa, está exento de todas las obligaciones rituales. Robó también un caballo en un lugar donde se alojaba un regimiento nuevo y muy bisoño. Yo también me procuré en aquel mismo lugar un hermoso caballo capón, de color gris. Aquellos regimientos bisoños dejaban que sus caballos se extraviaran.

Algunos regimientos descarados pensaban en apoderarse de los nuestros en el camino. Exhibían billetes y requisiciones para caballos, y una ó dos veces pretendieron llevar adelante el engaño; pero Kurban Sahib era hombre listo y yo no soy del todo imbécil. No existía género alguno de honradez. Entre otras había toda una categoría de cuatreros; grandes y ligeros sahibs que hablaban la mayor parte por la nariz y que á todo propósito decían: «Oah Hell!», lo cual significa en nuestra lengua *Jehannum Kojao* (1). Llevaban sendas hojas de parra en el uniforme y montaban como rajputs. Nó, montaban como Sikhs, montaban como Ustrelyahs (2). Los Ustrelyahs que encontramos más tarde hablaban también por la nariz y no poco. Eran hombres corpulentos, morenos, de ojos grises y claros, cargados de pestañas como los ojos del camello: una nueva manera de Sahibs para mí. A todo decían: «No fee–ah» (3) lo cual quiere decir en nuestra lengua *Durro muts* (4); de tal modo que los llamábamos los *Durro muts*. Morenos, grandes, fuertes, excelentes jinetes, listos é inquietos, para quienes la guerra era la guerra, y que bebían té como un arenal bebe agua. Ladrones? Un poco ladrones, Sahib. Sikandar Khan me juró—y él pertenece á un clan de cuatreros desde hace diez generaciones—que un pathan no era más que un niño al lado de un *Durro muts* en lo que atañe á hurtar caballos. Los *Durro muts* no pueden servirse bien de sus pies. Son como gallinas en el camino real. Así pues, necesitan caballos. Hombres muy convenientes para esta guerra. Aoh!..... «No fee–ah!» dicen los Durro muts. Estos vieron lo que valía Kurban Sahib. No le exigieron que barriera las caballerizas; y por nada del mundo hubieran querido dejarlo ir. En cierta ocasión reemplazó á uno de sus capitanes que tenía fiebre, durante una larga jornada por un país lleno de montañuelas—como la entrada del paso de Khaiber; y cuando regresaron por la noche los *Durro muts* dijeron: «Wallah! Es un hombre. Robáoslo.» De suerte que se robaron á mi Kurban Sahib, como hubieran podido robar cualquiera otra cosa que necesitaran; y en su lugar enviaron un oficial enfermo á Stellenbosch. Así fue como Kurban Sahib volvió á adquirir sus derechos y como yo fui su asistente y Sikandar Khan su cocinero. Era estricta y rigurosa la ley de que aquella era una guerra de Sahibs; pero no había órdenes que prohibieran á un asistente y á un cocinero acompañar á su Sahib —y nosotros no teníamos más que hacer sino ponernos nuestros uniformes. Recorrimos á caballo aquella comarca maldita donde no hay bazares, ni garbanzos, ni harina, ni aceite, ni especias, ni pimienta, ni leña para encender fuego: sólo se encontraba trigo crudo y algún ganado. No hubo grandes combates por lo que ví, pero todo estaba lleno de tiros de fusil. Cuando éramos numerosos los Boer–log's venían para nosotros, nos traían café, y nos mostraban purwanas (5) firmados por imbéciles de generales ingleses que habían pasado ya por allí y que certificaban que aquella gente era pacífica y de buenas disposiciones. Cuando estábamos en pequeño número, se ocultaban detras de las rocas y nos fusilaban. Ahora bien; la orden decía que aquéllos eran Sahibs y aquélla una guerra de Sahibs. Bien! Pero según lo que yo entiendo, cuando un Sahib va á la guerra se viste el traje de guerra, y sólo aquéllos, que llevan ese traje pueden tomar tomar parte en la guerra. Muy bien. También comprendo esto. Pero aquella gente era como la de Birmania ó como los afridis. Disparaban cuando bien les parecía; pero al ser estrechados de cerca ocultaban el fusil para exhibir *purwanas*, ó bien se estaban quedos en una casa y decían que eran colonos, como aquéllos que tanto dieron que hacer á las tropas de Madras en Hlinedatalone de Birmania. Labriegos como los que mataron á Cavagnari, (1) y á los guías del Cabul, Sahib! Nosotros les dimos una lección á aquellas gentes.....quince, sí, ó veinte todas las mañanas, con sendas cuerdas al cuello, á lo largo de los miradores, sobre la fachada del Bala Hissar. Yo creía que el Jung–i–lat Sahib (2) se acordaría de esto; pero no fué así. Todo el mundo tiraba sobre nosotros por todas partes, y el general publicó proclamas en que declaraba que él no se batía con el pueblo, sino con cierto ejército, el cual ejército, á la verdad, estaba todo formado de Boer–logs, que no tenían todos juntos en materia de uniformes, con qué hacer un taparrabo. Una guerra de imbéciles desde el principio hasta el fin; pues declaro que se debería ahorcar al que se bate con un fusil en una mano y un puriwana en la otra, como lo hacía toda aquella gente. A pesar de esto, cuando por el momento estaban hartos de escaramuzas, nosotros les recibíamos con honor, les dábamos pasaportes, los refrescábamos, alimentábamos á sus mujeres y á sus hijos, y castigábamos con severidad á los soldados nuestros que les robaban las gallinas. De este modo fue menester realizar la tarea, no una sola vez con algunos muertos, sino por tres ó cuatro veces. Yo conversaba mucho con Kurban Sahib, y él decía: «Esta es una guerra de Sahibs. Tal es la orden.» Y cierta noche que Sikardan Khan quiso deslizarse fuera del campamento con su cuchillo, y enseñarle cómo se bate el cobre en la frontera, le pegó á Sikandar Khan entre los ojos y por un tris no le rompió la cabeza. Con lo cual Sikandar Khan, con una banda sobre los ojos, que lo asemejaba á un camello enfermo, estuvo conversando con él durante todo un mediodía, después de lo cual se quedó mucho más asombrado que yo, y juró que iba á volverse á Stellenbosch. Pero, confidencialmente, Kurban Sahib me dijo que hubiéramos debido lanzar á los Sikhs y á los Gurkhas sobre aquellas gentes, hasta que se rindieran con la frente en el polvo. Pues aquel era un género de guerra que no comprendía.

RUDYARD KIPLING.



K. LOTZ: La Música

[1] Vete al diablo.

[2] Australianos que los ingleses llevaron al Transvaal.

(3) Corrupción de «no fear.»

(4) No hay peligro.

[5] Pasaporte.

[1] Funcionario inglés que fué muerto por las tropas rebeldes del emir de Afghanistan.

[2] Comandante en jefe.

[Concluirá en el próximo número.]

PÁGINAS CORTAS

LA ORIGINALIDAD

—

ESPAÑOLA

¿Puede un espíritu verdaderamente nuevo y original—preguntaba yo—ser comprendido de la multitud y convivir, por lo tanto, con ella? Cualquiera que reflexione un poco sobre el asunto, comprenderá que no.

El pensamiento medio, dominante, es una resultante del pensamiento de millares y millares de hombres; este pensamiento medio ha ido laborándose y formándose durante años y años; han contribuído á ello mil circunstancias diversas; llega luégo un momento en que entre todos los cerebros de una sociedad determinada se establece un nivel ni alto ni bajo, un nivel uniforme. Todo escritor, todo artista que se ponga á tono con este nivel «acertará»—según el vocablo consagrado—y será inmediatamente popular y querido. Este artista, pintor, novelista ó dramaturgo, habrá dado forma á algo que está en la conciencia de todos y que todos sienten.

Ahora bien, ¿qué pasará si el artista, en vez de ponerse á tono con el nivel medio, da forma y vida á algo nuevo, desconocido, que no es pensado ni sentido por la conciencia y el cerebro corrientes, dominantes? Lo lógico, lo inevitable, es que tal artista innovador y extraño se encuentre rodeado de la incomprensión general, ó sólo asistido y gustado por un reducidísimo círculo de admiradores. En esta situación de uno y otro artista, ¿quién de los dos será el más artista, el más independiente, el más fuerte, el más rebelde: el aplaudido y amado de la multitud ó el desconocido, cuando no escarnecido y vejado, por esa misma multitud?

Es preciso tener en cuenta para resolver á conciencia el problema que ese pensamiento medio y corriente que ha expresado el artista aplaudido es ni más ni menos que la fórmula (de arte, filosofía ó política) que expresó por primera vez en medio de la soledad otro artista innovador, que luego, gracias á sus esfuerzos y á los esfuerzos de discípulos y admiradores, ha ido incorporándose al haber social. Después llega un día en que lo escarnecido y vejado es lo sancionado y admirado; pero ya entonces hay otros espíritus que á la misma hora de esta silenciosa y universal aceptación son escarnecidos y vejados por otras innovaciones y rebeldías.

Se podrían poner muchos ejemplos. ¿Cuándo vivió y pintó el Greco? Hace tres siglos. ¿Cuándo se le ha comenzado á admirar y comprender? En estos días en que vivimos. ¿No es clásico el ejemplo del poeta, del verdadero poeta, incomprendido, escribiendo para él sólo? Ahí está el ejemplo de Leopardo. Todo esto, aparte de que la multitud, la masa, no podrá comprender jamás ni gustar las espiritualidades y los matices y sutilezas del arte y de la moral. A la masa repugna todo lo que no es utilitario; nada hay más lejos de ello que el goce estético desinteresado; por ello y para ello se ha inventado lo que se llama «el arte docente.»

¿Qué le dirá al espíritu de la multitud un bello paisaje, una sonata de Beethoven ó un cuadro de Botticelli?

J. MARTINEZ RUIZ.

LUNDÙ (*)

—

BRASILEÑA

El mulato vagabundo, en un rincón de la sala tapizada de azul con rosas, tañe la guitarra de notas lacrimosas y bajas. No sé si brota de su alma ese llanto, ó si algún gnomo negro está escondido en la caja de la gûitarra enternecida.

Acaso lo saben las flores pálidas, ocultas tras el muro del jardín, y que le responden misteriosamente. Toda la pasión, la melancolía de las *mamacas*, de los *bogarys*, (1) y de los cactos, surge en pesados y fragantes suspiros, en el purpúreo declinar del día.

Sábelo tal vez aquella *patativa* (2)... Oh! siempre tan tímida y esquiva en lo más yermo del bosque, se posa ahora en el ramo del añoso árbol-de-pan, al lado de la ventana abierta; y se atreve á modular un trinado suavísimo...

Pero es seguro que tú lo sabes, pardita joven, bella mestiza carnal y ardiente, de boca túmida y dolientes ojeras que ahonda una lujuria precoz... tú que al compás de la música mueves sencillamente con gracia franca é ingenua, tus pies ligeros y tus caderas fuertes... Al ritmo vivo, revuelan por el aire estremecido las faldas de tu leve vestido casero, con rumor de alas blancas...

Se siente latir toda tu sangre en tus sienes quemantes, en tus ardientes pechos, con el brusco impulso de un torrente. Tú lo sabes, hija de la nueva raza, bella mestiza carnal y ardiente!

Yo nó. Mi alma es distinta. Pero escuchando el melodioso coro, lleno de extraños secretos de deseo, angustia y gozo (en tanto las pestañas y los dedos del errante músico, tiemblan, por el *lundú* excitante ó por la íntima ternura que esparce en torno el vestido casero echado á..volar...) mi alma tenue, dispersa, huye de mí y se diluye en una dulzura primitiva, deliciosa aunque impura, tal como si yaciese deliciosamente sumergida en un lago de aceite tibio, exótico, aromático, embriagador...

CARLOS MAGALHAES DE AZEREDO.

(*) Nombre de música y danza africanas, introducidas en el Brasil por los negros.

[1] Flores del Brasil.
[2] Pájaro del Brasil.

Trad. del portugués de EL COJO ILUSTRADO.

VERONA

—

(Henry de Regnier)

Verona, ciudad triste de amor, odio y pavura:
el Adigio, que en sombras medrosas se aletarga
bajo tus pétreos puentes de arcaica contextura,
finge un río de sangre y de bilis amarga.

Tus muros, tus almenas, tus torres, tus blasones,
el ciprés que ha brotado de la arcillosa grieta,
la tumba de los héroes, la tumba de Julieta
pregonan tus soberbias é hidalgas tradiciones.

En vano la urbe anfibia que se mira en los puros
espejos del Adriático fijar hizo en tus muros
al león de San Marcos cual heroico trofeo;

Los rugidos han muerto en el aire sonoro,
en que aún se lamenta con arrullo canoro
la blanca y melodiosa paloma de Romeo.

LAS ESTATUAS

—

Las hojas, una á una, y el tiempo, hora por hora,
caen en los cristales de la fuente serena,
donde en mármol alternan Antígona y Helena
con Danae, Ifigenia y Ariadna que llora.

Diosas sin culto y héroes ilustres cuyos flancos
ha cubierto la pátina sutil del tiempo que huye.....
Ante el fatal Destino que acaricia ó destruye,
heroica persevera la estatua de ojos blancos.

El jardín taciturno todo un pasado evoca:
el Silencio sus alas de crespón ha plegado
y medita en un zócalo con un dedo en la boca;

Las heroínas trágicas, las diosas inmortales
velan una sonrisa, un seno mutilado,
detrás de los cipreses ó los viejos rosales.

EDUARDO CASTILLO.

(De *La Cité des Eaux*).

—Inéditos.—

EN LA NOCHE DE LUNA

—

Yo te he visto pasar: por la alameda
que envuelven los árboles, hostiles
en la noche, miré tus veinte abriles
crujir con voces líricas de seda.

En el sosiego de la noche tiene
el fru-fru de tu traje la divina
sonoridad feliz con que va y viene
la hojarasca que el viento arremolina.

La luna prestigió con la nobleza
de un gran jazmín tu cabellera bruna
y creció ante mis ojos tu belleza
blanca en el sortilegio de la luna.

Así, pálida y alta, con el hondo
misterio de las fúnebres ojeras,
con ojos sugestivos cual si hubieras
bajado al ara en que tu nombre escondo.

Así te ví pasar, blanca azucena
que me perfuma el corazón; contigo
se fué mi alma porque tú á mi pena
diste una grata sensación de abrigo.

Y te fuiste perdiendo entre la negra
avenida en que el ábrego revuelve
los árboles, y en mi alma que se alegra
por ti, mis penas suplicaron: vuelve.

Vuelve y verás que para ti hay derroches
de flores; en mi alma hay un camino
por donde pasas tú como un divino
sueño, en traje nupcial, todas las noches.

CARLOS VILLAFAÑE.



PAISAJES VENEZOLANOS: Panorama de Higuerote

Fot. Avril.

DE PROFUNDIS

POR

OSCAR WILDE

—

Traducción de JOSÉ AUSTRIA

—

[Comenzó en el número anterior]

—

Luego, debo aprender á ser feliz. Alguna vez lo supe, ó pensé que lo sabía, por instinto. Antes era siempre primavera en mi corazón. Era mi temperamento proclive al gózo. Llené mi vida hasta los propios bordes con el placer, como puede uno llenar una copa hasta los bordes con vino. Ahora me aproximo á la vida desde un sitio completamente nuevo, y aun concebir la felicidad es á menudo extremadamente difícil para mí. Recuerdo que recién llegado á Oxford, leía en *Renaissance* de Pater—ese libro que ha tenido tan extraña influencia sobre mi vida cómo Dante coloca en el fondo del Infierno á los que voluntariamente viven en la tristeza; y yendo á la biblioteca del colegio, busqué el pasaje de la *Divina Comedia* donde bajo el espantoso pantano yacen los que estuvieron «taciturnos en la dulzura del aire» diciendo para siempre jamás entre suspiros:

«Tristi fummo
Nell aer dolce che dal sol s'allegra»

y supe cómo la Iglesia condenó la *accidia:* pero toda esta idea me pareció completamente fantástica y justamente la clase de pecado, imaginaba, que hubiera inventado un sacerdote que nada supiera de la vida real. Ni podía comprender cómo Dante, quien dice que «la tristeza reconcilia al hombre con Dios,» pudo ser tan riguroso para con los que estuvieran enamorados de la melancolía, si tales seres existieran realmente. Yo no tenía idea de que algún día esto viniera á ser una de las más grandes tentaciones de mi vida.

Cuando estaba en la prisión de Wandsworth yo deseé vehementemente morir. Era mi único deseo. Cuando luego de estar dos meses en la enfermería fui traído aquí y mi salud física fué mejorando gradualmente, la ira se apoderó de mí. Determiné suicidarme el mismo día que saliera de la prisión. Algún tiempo después esa mala disposición del ánimo pasó y me resolví á vivir, pero llevando la melancolía como un rey lleva la púrpura: nunca más sonreír; convertir toda casa donde entrara en una casa de luto; hacer que mis amigos se pasearan en la tristeza lentamente conmigo, enseñarles que la melancolía es el verdadero secreto de la vida; desolarlos con un dolor que ellos no sentirían; afligirlos con mi propia pena. Ahora siento de modo enteramente distinto. Veo que hubiera sido ingrato é inhumano poner tan triste cara, que cuando mis amigos vinieran á verme tuvieran que poner las suyas más tristes aún para demostrarme simpatía: ó, si deseaba obsequiarlos, invitarles á sentarse silenciosamente ante yerbas amargas ó funerales carnes asadas. Necesito aprender á ser jovial y feliz.

Las dos últimas ocasiones en que se me permitió ver aquí á mis amigos, traté de ser lo más jovial posible y demostrarles mi alegría como una leve recompensa de la molestia que se habían dado viniendo desde la ciudad á verme. Es sólo una pequeña restitución, lo sé, pero es la que más les agrada, estoy cierto de ello. Ví á R... durante una hora, hace ocho días y traté de dar la más plena expresión posible del encanto que realmente sentía en nuestra entrevista. Y el hecho de que ahora, por primera vez desde que estoy preso, siento real deseo de vivir, me prueba que tengo razón en las miras é ideas que estoy aquí formulando para mí mismo.

Tengo ante mí tánto que hacer, que consideraría como una terrible tragedia, el morir antes de que me sea dado realizar siquiera una parte de ello. Veo nuevas manifestaciones en el arte y en la vida, cada una de las cuales es una nueva forma de perfección. Anhelo vivir para poder explorar lo que para mí es nada menos que un mundo nuevo. ¿Queréis saber cuál es este nuevo mundo? Creo que podéis adivinar lo que es. Es el mundo en que he estado viviendo. El dolor, pues, y todo lo que él nos enseña, es mi nuevo mundo.

Acostumbré vivir enteramente para el placer. Evité toda clase de sufrimiento y de tristeza. Los odiaba. Resolví ignorarlos hasta donde me fuera posible: considerarlos, si así puede decirse, como formas de imperfección. No estaban en el programa de mi vida. No tenían sitio en mi filosofía. Mi madre que conocía la vida, me citaba á menudo versos de Goethe—escritos por Carlyle en un libro que éste le había regalado hacía años y por él traducidos también, supongo:

«Who never ate his bread in sorrow,
Who never spent the midnight hours
Weeping and waiting for the morrow—
He knows you not, ye heavenly powers»

«Quien nunca comió su pan en la tristeza, quien nunca pasó las horas de la media



GUAYANA: Pesquería en el río de Upata

Fot. Solórzano y Gómez.



GUAYANA: Campos de Upata. Laguna Larga

Fot. Solórzano Gómez.

noche llorando y esperando la mañana, ese no os conoce, ¡oh poderes celestiales!»

Estos eran los versos que aquella noble Reina de Prusia, á quien Napoleón trató con tan ruda brutalidad, acostumbraba recordar en su humillación y destierro; eran los versos que mi madre acostumbraba citar en las tristezas de sus últimos días. Yo declinaba en absoluto aceptar ó admitir la enorme verdad en ellos encerrada. Recuerdo muy bien cómo yo le repetía que no deseaba comer mi pan en la tristeza, ni pasar noche alguna llorando y esperando una aurora aún más amarga.

Yo no tenía idea de que esto sería una de las cosas especiales que los Hados me tenían reservadas: que durante un año entero de mi vida, verdaderamente, yo apenas haría algo más. Pero así se me ha señalado mi lote: y durante los cortos últimos meses he podido, después de terribles dificultades y luchas, comprender algo de las lecciones ocultas en el seno del dolor. Los clérigos y la gente que usa frases sin discernimiento, hablan á veces del sufrir como de un misterio. Es en realidad una revelación. Entonces discierne uno cosas que jamás había discernido. Se contempla la historia desde un punto de vista diferente. Lo que uno ha sentido obscuramente y por instinto en el arte, es entonces intelectualmente y emocionalmente comprendido con perfecta claridad de visión y absoluta intensidad de percepción.

Ahora veo que el dolor, emoción suprema de que el hombre sea capaz, es á la vez el tipo y la piedra de toque de todo grande arte. Lo que el artista busca siempre es un modo de existencia en que el alma y el cuerpo sean uno é indivisible: en que lo externo sea la expresión de lo interno: en que la forma sea una revelación. De tales modos de existencia no hay pocos: la juventud y las artes que de la juventud se preocupan, pueden servirnos en ciertas ocasiones de modelos: en otras puede gustarnos pensar que por la sutileza y sensibilidad de impresión, por la idea que sugiere de un espíritu que habita los objetos exteriores y se reviste alternativamente de tierra y de aire y de niebla y de ciudad, y por la mórbida simpatía de sus métodos, de sus tonos, de sus colores, el arte del paisaje moderno realiza para nosotros pictóricamente lo que los griegos realizaron con tanta perfección plástica. La música, en la cual cada asunto queda absorbido en la expresión, sin que pueda separarse de ella, es un ejemplo complejo de lo que quiero decir, así como una flor ó un niño son ejemplos simples; pero el dolor es el tipo final en la vida y en el arte.

Detrás del gozo y de la risa puede haber un temperamento bajo, duro é insensible. Pero detrás del dolor, hay siempre dolor. La pena, al contrario del placer, no lleva máscara. La verdad en el arte no consiste en alguna correspondencia entre la idea esencial y la existencia accidental; no es la semejanza del cuerpo con la sombra ó del objeto reflejado en el cristal con el objeto mismo; no es el eco que nos viene de la concavidad de una colina, ni tampoco la fuente de agua plateada que muestra la luna á la luna y Narciso á Narciso. La verdad en el arte es la unidad de una cosa con ella misma: lo externo haciéndose expresivo de lo interno: el alma hecha carne: el instinto del cuerpo adecuado al espíritu. Por esta razón no hay verdad comparable al dolor. Hay días en que me parece que el dolor es la única verdad. Las otras cosas pueden ser ilusiones del ojo ó del apetito, hechas para deslumbrar al uno y saciar al otro, pero del dolor fueron hechos los mundos y en el nacimiento de un niño ó de una estrella, hay dolor.

Además de esto, hay en el dolor una intensa, una extraordinaria realidad. He dicho de mí mismo que soy hombre que estuvo en simbólicas relaciones con el arte y la cultura de su tiempo. No hay un solo miserable sér encerrado junto conmigo en este miserable recinto, que no esté en simbólica relación con el verdadero secreto de la vida. Porque el secreto de la vida es el sufrimiento. Es lo que está oculto detrás de todas las cosas. Cuando principiamos á vivir, lo que es dulce nos parece tan dulce y lo amargo tan amargo, que inevitablemente dirigimos todos nuestros deseos hacia el placer y solicitamos no solamente «alimentarnos de miel un mes ó dos» sino en toda nuestra vida no tener otro alimento, ignorando entretanto que podemos realmente estar haciendo perecer el alma de hambre.

Recuerdo haber estado una vez hablando sobre esto á una de las más bellas personalidades que he conocido: una mujer, cuya simpatía y noble bondad para conmigo, tanto antes como durante la tragedia de mi encarcelamiento, han sobrepasado todo poder de expresión; y que me ha ayudado realmente, aunque no lo sepa, á soportar el peso de mis infortunios, más que toda otra persona en el mundo y sólo por el mero hecho de que existe y es lo que es —en parte un ideal y en parte una influencia: una sugestión de lo que uno puede llegar á ser, así como una ayuda real para llegar á serlo; un alma que torna dulce el aire que se respira y hace parecer lo que es espiritual tan simple y natural como el mar ó como la luz del sol: alma para quien la belleza y el dolor van de la mano y tienen la misma misión. En la ocasión á que me estoy refiriendo, recuerdo perfectamente haberle dicho que en una sola estrecha callejuela de Londres había bastante sufrimiento para demostrar que Dios no ama al hombre y que, dondequiera que había un dolor, bien fuera un niño llorando en un rincón de jardín, por una falta que hubiera ó no cometido, la faz completa de la creación quedaba enteramente trastornada. Yo estaba equivocado por completo. Ella me lo hizo ver, pero no pude creerla. No estaba en la esfera donde puede alcanzarse esa creencia. Ahora me parece que el amor, de cualquiera clase que sea, es la sola interpretación posible de la extraordinaria cantidad de sufrimiento que hay en el mundo. No concibo otra explicación. Estoy convencido de que no hay otra y de que si el mundo ha sido—como he dicho—construido con el dolor, ha sido construido por las manos del amor, porque de ninguna otra manera podría el alma del hombre, para quien el mundo fue hecho, alcanzar la completa estatura de su perfección. Placer para el cuerpo bello, pero dolor para el alma bella.

Cuando digo que estoy convencido de estas cosas, hablo con demasiada presunción. A gran distancia, como una perla perfecta, uno puede ver la ciudad de Dios. Es tan maravillosa, que parece como si un niño pudiera llegar á ella en un día de verano. Y un niño podría. Pero para mí y para los que son semejantes á mí, es diferente. Uno puede comprender una cosa en un momento dado, pero la pierde luego en las largas horas que le siguen con pies de plomo. Es muy difícil mantenerse en «las alturas á donde el alma puede llegar.» Pensamos en la eternidad, pero nos movemos lentamente con el tiempo: y cuán lentamente avanza el tiempo para los que estamos en la prisión, no necesito volver á decirlo, ni la fatiga y la desesperación que se deslizan en nuestra celda y dentro de la celda de nuestro corazón, con una insistencia tal y tan extraña, que necesitamos, por decirlo así, decorar y barrer la casa para recibirlas, como para un huésped incómodo, ó un amargo dueño, ó un esclavo de quien somos esclavos por obra de la suerte ó por obra de nuestra voluntad.

Y, aunque ahora sea para mis amigos difícil creerlo, no es menos verdad que para ellos, quienes viven en libertad, ociosidad y *confort*, es más fácil aprender las lecciones de la humildad, que para mí, que principio el día poniéndome de rodillas para lavar el pavimento de mi celda. Porque la vida de la prisión con sus privaciones y restricciones sin fin, le hace á uno rebelde. Lo más terrible de esto, no

es que se le rompa á uno el corazón—los corazones han sido hechos para romperse—sino que se le vuelve á uno de piedra. Sentimos á veces que sólo con frente de bronce y labio desdeñoso podremos llegar al término del día. Y el que está en estado de rebelión no puede recibir la gracia, para emplear la frase de que la Iglesia—con mucha razón, osaré decir—gusta tánto, porque en la vida como en el arte, el estado de rebelión obstruye los canales del alma é impide que penetren los aires del cielo. No obstante, si yo he de aprender tales lecciones en alguna parte, ha de ser aquí donde las aprenda, y debo estar lleno de gozo si mi pie va por el camino recto y mi faz mira hacia «la puerta llamada bella», aunque pueda caer muchas veces en el lodo y á menudo caminar extraviado entre la bruma.

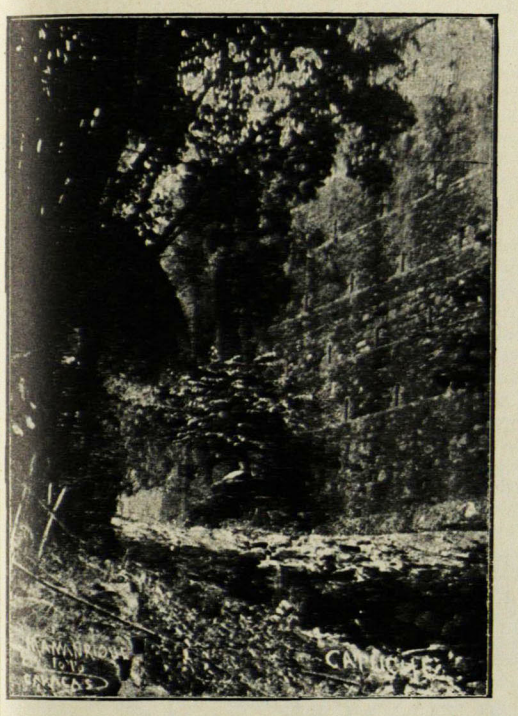
Esta Vida Nueva—como por mi amor al Dante quiero á veces llamarla—no es por supuesto una vida nueva en absoluto, sino simplemente la continuación de mi vida anterior, en evolución y desenvolvimiento. Recuerdo haber dicho cuando estaba en Oxford á uno de mis amigos, mientras vagábamos por los angostos paseos, llenos de pájaros, de la Magdalena, una mañana del año en que debía recibir mi grado, que yo quería comer la fruta de todos los árboles en el jardín del mundo, y que iba á entrar en él con esta pasión en el alma. Y, realmente, así entré en el mundo y así viví. Mi sólo error fue que me contraje exclusivamente á los árboles de lo que me pareció el lado del jardín que el sol iluminaba, y que evité el otro lado por su obscuridad y melancolía. La culpa, la desgracia, la pobreza, el pesar, la desesperación, el sufrimiento, aun las lágrimas, las palabras entrecortadas que nos llegan de los labios dolientes, el remordimiento que lo hace á uno caminar sobre espinas, la conciencia que condena, el abatimiento que castiga, la miseria que se llena la cabeza de ceniza, la angustia que se viste de cilicio y pone hiel en su propia copa: todas estas cosas me daban miedo. Y así como yo había determinado no saber nada de ellas, he sido obligado á probarlas una después de otra, á alimentarme con ellas, á no tener en realidad, durante toda una época, otro alimento en absoluto.



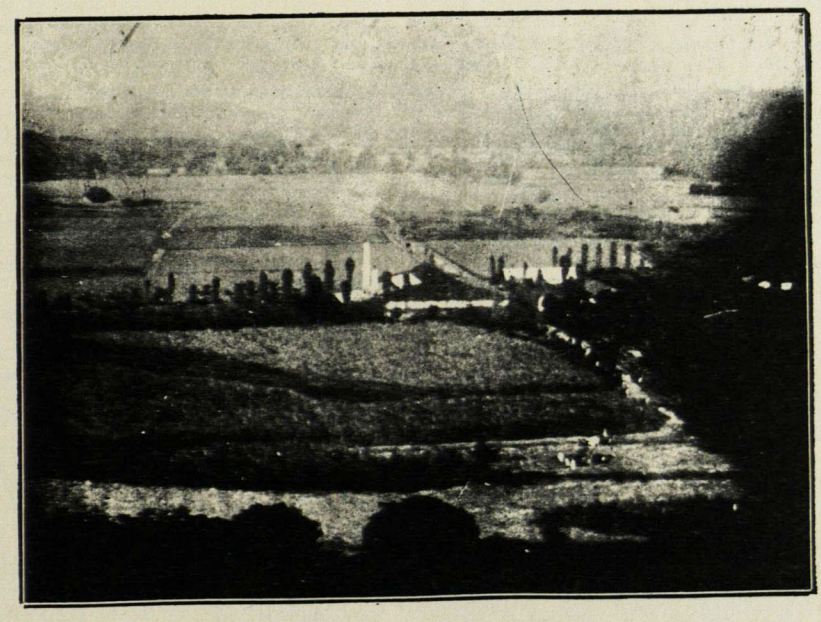
FUNDOS AGRICOLAS: Entrada á la Hacienda Guayabal—San Sebastián—Aragua

No deploro, ni por un instante, haber vivido para el placer. Lo hice plenamente, como debe uno hacer todo lo que hace. No hay placer que yo no haya probado. Puse la perla de mi alma dentro de una copa de vino. Marché por las sendas primaverales al són de las flautas. Viví dentro de un panal. Pero hubiera sido un error haber continuado la misma vida, porque habría sido limitar la vida. Yo tenía que franquear ese límite. El otro lado del jardín tenía también sus secretos para mí. Por supuesto, todo eso está pronosticado y prefigurado en mis libros. Algo en *The Happy Prince*: algo en *The Young King*, principalmente en el pasaje donde el Obispo dice al joven arrodillado: «El que hizo el infortunio no es más sabio que tú?»; frase que cuando la escribí, me pareció apenas algo más que una frase: mucho de ello está oculto en el acento de fatalidad que como un hilo de púrpura, corre á través de la trama de *Dorian Gray*. En *The Critic as Artist*, el presagio se revela bajo muchos colores: en *The soul of man* está escrito y en caracteres demasiado fáciles de leer: es una de las sentencias cuyos constantes motivos hacen parecer á *Salomé* como un trozo de música y le dan la unidad de una balada: está encarnado en el poema en prosa del hombre que, con el bronce de la estatua del «Placer que dura un momento,» tiene que hacer la imagen del «Dolor que dura por siempre.» Y no podía ser de otro modo.

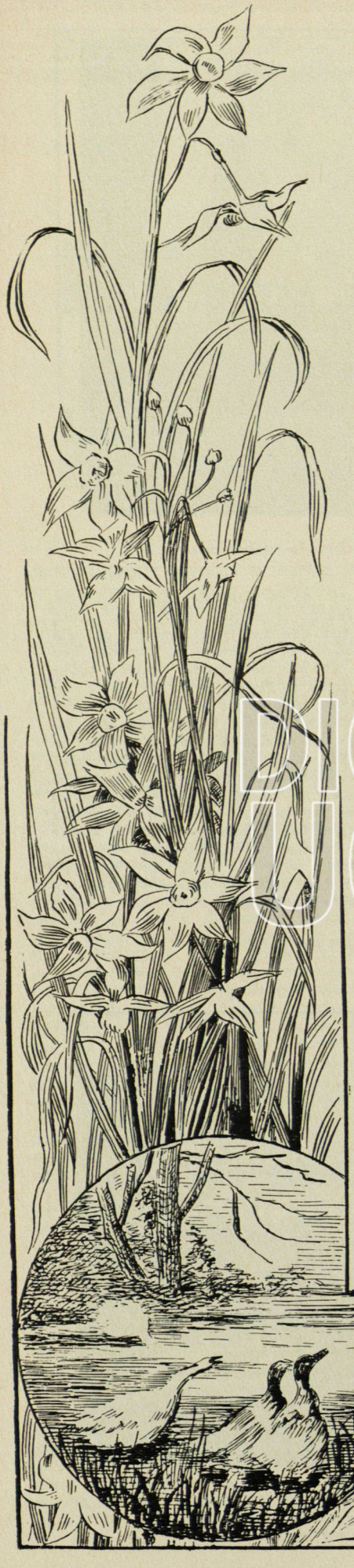
Seguirá en el próximo número.



Alrededores de Caracas—Catuche



Panorama general de la "Hacienda Guayabal"—San Sebastián—Aragua



FRAGMENTOS.

—

Es mediodía. Voy de peregrino
entre la selva de verdosa frente.
Por el camino duro y serpentino
marcha la recua trabajosamente.

Encima del boscaje floreciente
abre el cielo su encanto cristalino,
y su copa derrama en el ambiente
el bochorno que embriaga como un vino.

Nubla su rostro el cielo de repente.
Una ráfaga tibia, suavemente
barre las hojas secas del camino.

Y vácia de la selva floreciente
con su perfume capitoso y fino
una explosión de besos en mi frente.

*

Mientras musita el rústico labriego
una cántica suave y cadenciosa,
diluvia el sol desde el cenit su fuego.
El canto dice en gemebunda glosa
no sé qué simple exultación de ruego.

Yo que atristado á meditar me entrego,
á la romanza dulce y dolorosa
como en un lampo de quietud me anego.

En la fronda se está quieta la brisa
—inmaterial y tímida sonrisa
de las hojas—. El sol vibra quemante.

Y bajo la radiosa calentura,
el labriego una incógnita amargura
trasparenta en su rústico semblante.

*

Después de los frescores de la siesta
debajo de la próliga floresta,
la breve tropa á continuar se apresta
camino de la cumbre, por la cuesta.

Pisa el sendero áspero mi mula,
delante de la recua que simula
una serpiente exótica que ondula
y que ante el alto barrancón recula.

Airado el mozo, del follaje hirsuto
un brazo arranca y martiriza al bruto
bajo del sol que con su brasa anémia.

Y mientras suda y se impacienta y grita,
su labio rasga en expresión maldita,
vibrando como un dardo, la blasfemia.

*

Todo en la paz fragante y harmoniosa
del mutismo de la naturaleza
en encanto bucólico reposa.
Un soplo de frescor se despereza.

La fronda verdinegra y lujuriosa
viste el camino en sombras. La maleza
parece que despierta su tristeza
al paso de la recua fatigosa.

Profusión de verdura por los flancos.
Claridad de la ruta, con el suelo
todo asperjado de terrones blancos.

Un reptil que atraviesa la maraña.
Y arriba, en el azul, cortando el cielo
el límpido perfil de la montaña.

*

Como gigante monstruo que presiente
la terca tempestad que se avecina,
la cumbre majestuosa y eminente
se arropa con un manto de neblina;

oscureciendo súbito su frente,
en donde antes la gloria matutina
era primaveral guirnalda fina
enflorecida de esplendor ardiente.

Bajo la lluvia procelosa inclina
el monte rudo la encrespada frente.
Es un rugido el viento en la colina.

Y arrastra en un alud furiosamente,
sobre el áspero cerro que declina,
loca invasión de fango la corriente.

*

Noche serena. Bajo el amplio domo
del cielo claro, la riscosa meta
ostenta su triunfal curva de plomo.

Y el borroso perfil de su silueta
se empina audaz entre la niebla, como
si en sorda pugna de pasión secreta,
hender quisiera su vetusto lomo
el hondo abismo de la noche quieta.

En el grave silencio indefinido
no se percibe sino el ronco ruido
que hacen el grillo y la cigarra en coro.

Y una parva de insectos que fulgura
sobre la red de toda la espesura
una visión de lamparillas de oro.

*

El cielo azul. La nota crepitante
del tren en marcha. La colina verde.
El arroyuelo limpio y tremulante
que entre la grama, en el confín, se pierde.

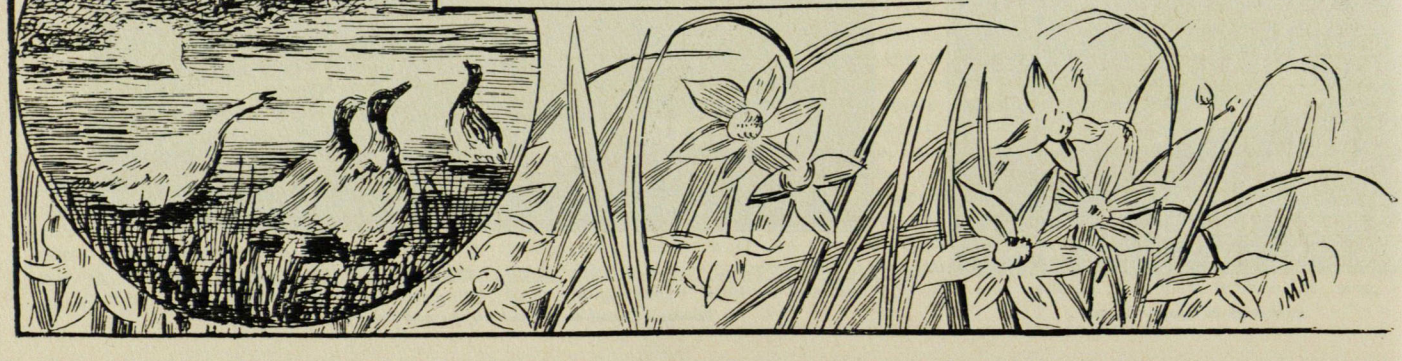
Y una pena recóndita que muerde
mi fe, cuando en lo claro del instante
el cielo es más azul y más brillante
y más que nunca, la colina, verde.

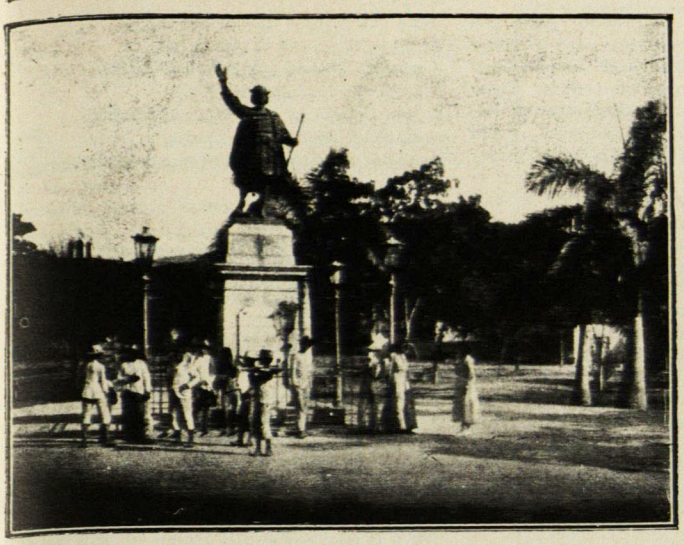
...Es que me acerco á la ciudad bullosa,
y una como protesta dolorosa
surge en la paz de mis meditaciones...

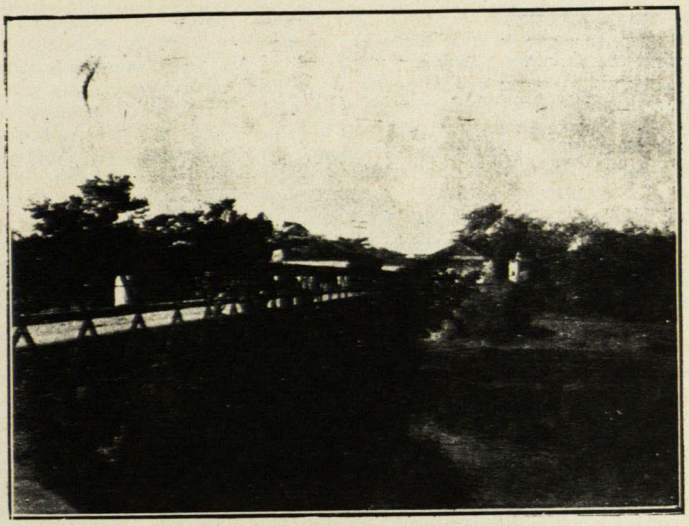
...Se disipa el incienso de la calma,
y bullen en el seno de mi alma
ignotas y vibrantes emociones...!

ALEJANDRO FUENMAYOR.

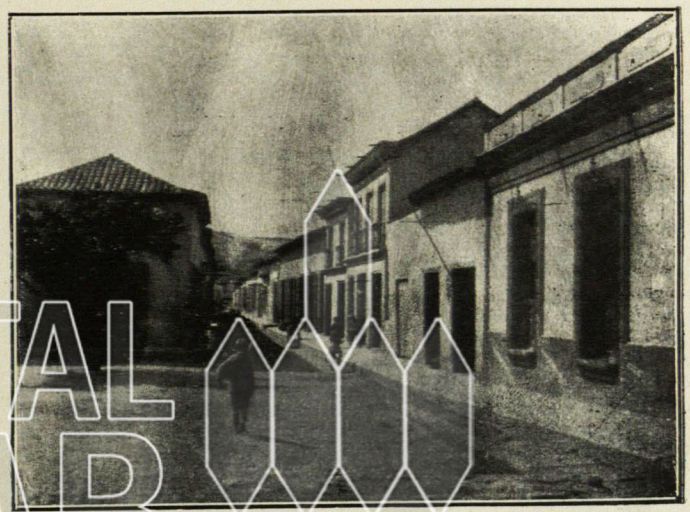
Caracas–1909.











VISTAS DEL ORIENTE: 1. Carúpano: Estatua de Colón.—2. Barcelona: Puente sobre el Río Neverí.—3. Cantaura: Calle de la Ceiba.—4. Cumaná: Calle del Comercio

(De nuestro colaborador artístico señor Avril).

DIGITAL UCAB

BIBLIOGRAFIA

"El Jardín de las Quimeras", "Las Horas que pasan", por F. Villaespesa.—Madrid, 1909.

—

La producción de Francisco Villaespesa, sobre ser bastante copiosa, revela una facilidad poética que sorprende. Mas ni la abundancia de sus poesías es tal que infunda recelos y desaliente el ánimo á los lectores como ocurre con esos volúmenes repletos de tremendas tiradas de estrofas—ni su facilidad confina con los términos de las difusas frivolidades que suelen abundar en las obras cuantiosas. Sus libros son discretas colecciones llenas de amenidad y de encanto, que se leen con agrado de un solo tirón. El propio se compara á un jardinero, y rima, á manera de confesión, ya que no de excusa:

Mi lírico jardín es tan lozano,
y es tan fértil su eterna primavera
que no da tregua á la labor mi mano
ni descansa jamás la podadera.

(*"El jardín de las Quimeras"*).

Sino que en este perenne cosechar de flores, deslízanse en el mismo ramillete donde sonríe el tono fresco de la rosa legítima y sangran los nobles claveles y esplenden los lirios cándidos, algunas flores vanas y secas, sin frescura ni aroma. Contingencia propia de las premuras de la recolección.

Unos cuantos volúmenes forman ya el bagaje lírico de Villaespesa, y lo han acreditado como uno de los más hábiles y delicados liróforos de la nueva generación castellana. Pertenece á la legión de jóvenes que está consiguiendo desenmohecer las letras de la Península, desentumecer las alas del ave de la inspiración, orinecidas aquéllas en largos años de soñolencia y quietud; éstas ateridas por el soplo de vientos maléficos. La poesía se momificaba y empedernía entre las manos de retóricos y versificadores, respetuosos de la tradición inmediata y enemigos jurados de toda vislumbre ó perfume de novedad; ó se encanallaba, desgobernándose con pujos truhanescos, entre regüeldos y cabriolas del "género chico". La influencia de los poetas de América llegó en hora oportuna á tierra de España. Los poetas de América abrieron ante los ojos de la juventud española un horizonte imprevisto; y le enseñaron á ver que aún existían en los arcanos del idioma recursos inéditos, no descubiertos ni aprovechados antes; que nuestra lengua posee expresiones justas para las más sutiles y complicadas emociones del alma moderna; que era posible una renovación del lenguaje poético, devastado y afeado por la avenida de lugares comunes y de *clichés* ridículos en que se inundaban. Villaespesa fue de los que oyeron las voces ultramarinas y emprendieron la labor de renovación con fe y ahinco, sin atender á las bastas bromas de los ironistas del género chico ni á las alarmas y protestas de los defensores de la tradición romántica.

Villaespesa posee en grado sumo el dón de la sentimentalidad y el dón del canto. Sentimentalidad exaltada, casi hiperestésica, que envuelve todas las cosas en un manto grisáceo y funeral de melancolía y angustia, nacido del alma misma del poeta, como un vaho de congoja (*Tristitia Rærum*); que se vuelve hacia el recuerdo como hacia un ófrico refugio, á gustar la miel emponzoñada de las rememoraciones; y ante el espectáculo de la naturaleza plañe su desconsuelo infinito y les concede á las cosas una alma viva y sensitiva transformándolas en cifras animadas del emblema del universal infortunio. Semejante estado de la sensibilidad lo arrastra y empuja por las sendas fantásticas del ensueño y las ficciones, á los lugares floridos, suntuosos y trágicos que animaron otros tiempos y otras razas, caros á su corazón y á sus sentidos. En el árbol de su ensueño florecen diversos géneros de flores, y á su sombra se sientan á divagar la tristeza, el amor y el orgullo. En el manantial transparente que mana al pie del árbol retrátase el vuelo de las horas, las visiones lóbregas ó claras, dulces ó tristes de la vida. El sentimiento íntimo del poeta, que transforma las vulgares sensaciones y los pensamientos ordinarios en materia pura de poesía, en elemento sutil y aéreo, como la respiración de un dios dormido, júnta con lazo misterioso el florecer incontrastable de los sue-

ños á la sorda inquietud del hombre errante por la vida, como un batel mezquino sobre el tumulto de los mares coléricos.

La forma habitual de la poesía de Villaespesa tiene el mérito de la claridad y los prestigios de una resonancia harmónica que encanta los oídos y embelesa el ánimo. No sería difícil que alguna de sus poesías pasara al repertorio popular; al número de esas composiciones que todo el mundo siente y recita de coro, que hacen llorar á las enamoradas, suspirar á las solteronas, y melifican las entrañas áridas de los rudos gañanes. Pero ordinariamente posee su forma ciertas delicadezas y está urdida con artificios que la ponen fuera del alcance de la popularidad, tan amada por unos poetas, tan aborrecida por otros. Sin embargo, Villaespesa describe, pinta, trata de expresar sus sensaciones é ideas de un modo gráfico, concreto y fiel, carácter literario muy mediterráneo, muy latino. Rara vez se encuentran en su obra evocaciones de diversos estados de alma por medio de recursos vagos é imprecisos, procedimiento de que suele valerse con notable dilección Juan Ramón Jiménez, entre los nuevos poetas españoles. En eso sigue obediente á la tradición castiza de la claridad sin rebozo ni medias tintas, al amor de la diafanísima perspicuidad que se deshacía en alarmas apenas enrevesaba Góngora algunos conceptos.

Si Villaespesa toca de vez en cuando en el órgano de su poesía un *requiem* vehemente y profundo y sueña en el nirvana como en un amparo redentor de cuantas son en la vida amarguras y lástimas, no hay en él asomos siquiera de odio ni desdén á la vida: por el contrario, surge del fondo inquietante de sus poemas, intenso y vivaz, como el perfume de un cuerpo juvenil prendido en deseos, el amor á la vida, la veneración á la vida en todas sus formas, el ansia recóndita de vivir no sólo en un animal ardor de existencia, sino en un anhelo de intensificación y quintaesencia de los más altos fenómenos biológicos, sensoriales y mentales. Tal poema quema orobias acérrimos de voluptuosidad—resumen del placer vital en su plenitud harmoniosa—tal otro esplende con la llama alta y magnífica del Deseo—ansia de comunicar y de crear vida.

Por lo demás, el principal reproche que puede hacérsele á este poeta es algún descuido y como negligencia de la versificación—ciertamente intolerable en artista de su reputación y valer. Suelen, en efecto, encontrarse en sus libros, con desagrado, súbitos versos que se arrastran flojos, marchitos, enclenques entre sus compañeros frescos y floridos, como astrosos y tullidos mendigos en un cortejo de príncipes de empaque suntuoso. Sin duda el motivo de tales aciertos y desigualdades es precisamente la fertilidad de su inspiración, el afán de fatigar las prensas echando á la calle volúmenes tras volúmenes, en parto inagotable. ¿No sería mejor sacrificar algo de la cantidad, en beneficio de la calidad?.....

Santos García Mallarini.—"Apóstoles rebeldes".—Montevideo, 1909.

—

El señor García Mallarini se explica así en uno como prólogo: "No sé escribir. No quiero saberlo. Vendrá solo. Quiero pensar. Deseosentir. Busco la Belleza. La Belleza está en la Vida. La Vida es para mí la Verdad. La Verdad la encuentro en las almas podridas como en las sanas. La sífiles moral come los corazones" . . y en este tono prosigue la tirada de despropósitos. El señor García Mallarini parece ser socialista ó cosa por el estilo, según se desprende de la vehemencia con que pinta la vida rusa, la lucha entre los revolucionarios y los aristócratas: como el autor es partidario de los primeros, la plebe resulta inmaculada, mientras que la burguesía y la aristocracia aparecen como manadas de bandoleros sin pudor. Ignoramos si el señor García Mallarini, de Montevideo, ha vivido entre los moscovitas el tiempo necesario para estudiar á fondo aquella sociedad y hacer las pinturas concluyentes que nos presenta en su libro. Su amor á las ideas revolucionarias lo ha llevado en vuelo irrefrenable de fantaseo, hasta ponernos ante los ojos el propio país de la Utopía realizada. Sin duda profesa de buena fe las opiniones que abundan en su libro y está animado de un bien intencionado entusiasmo por la causa de los parias y de los oprimidos. Mas el arte no tiene gran cosa que hacer con el frenesí faccioso; y sin duda el señor García hubiera salido más airoso en su empeño literario si en vez de buscar en país tan exótico y de tan compleja urdimbre social como Rusia el asunto de su novela, hubiera puesto los ojos en el ambiente que lo rodea, y nos hubiera ofrecido algún cuadro de la vida uruguaya, que suponemos conocerá mejor que la del imperio de los czares. En cuanto á los defectos de factura, bien podrían perdonársele en obsequio de su ingenua y orgullosa declaración:

"No sé escribir . . . ", etc.

DITIRAMBOS

—

EL ENTUSIASMO

—

Entusiasmo, cuya túnica vuela en clásico decoro,
como vuela en la Victoria alada de Samotracia;
príncipe cuya alma de oro
es al modo de un añejo vino fuerte en la desgracia:
Tú, que vas, raudo flechero,
por el celeste sendero
de azul cristal,
igual
que aéreo nenúfar.
¡Hunde un dardo de tu espíritu en mi barro temporal!
¡Habita en mí!

Y que mi frente se alumbre de sutil hoguera interna;
y que el alma lo infinito repute bebida escasa;
y, en cada minuto que huye, que viva la vida eterna;
y los ojos sean antorcha; y la boca que sea brasa.
Y, que por todas las cosas
sienta entusiasmo de creador;
por las espinas y por las rosas;
por el campesino olor
á leña de la cabaña;
por la ciénaga y el lago;
por la nieve en la montaña;
por el vago
rumor del bosque misterioso;
y por la lluvia que hace oler la tierra;
y por la oliva del reposo;
y por el laurel de la guerra;
y por la abeja que elabora
la miel de su panal;
y por los que hablan á toda hora
y saben hacer el mal;
por la cicuta de la injusticia;
por el cardo del desamor;
por el alba de la leticia;
por la penumbra del dolor;
y por el feo sapo granudo;
y por la elástica pantera;
y por el árbol seco y desnudo
de invierno; y por la primavera;
y por la fragancia del heno;
y por la boca del amor;
y por el vientre; y por el seno;
y por todo este mundo, que es bueno,
aunque pudiera ser mejor.

Dame, Entusiasmo, tu espada dorada;
dame tu esfuerzo, tu mano, y tu lumbre,
de manera que sienta aliviada
de la vida la gran pesadumbre;
dame que espigue los aurinos bienes
de las estrellas con tu aguda hoz.
Y pon dos alas de águila en mis sienes.
Y un acento oceánico en mi voz.
Y buen compás de pies, por la existencia;
pero, líbrame de magnilocuencia.
Y luego un aliento violento infunde en mi canto.
Despierta en mi mente
la triunfante y ardiente
fantasía terrible.
¡Toma en tus manos de viento mi canto!
¡Arrebátame en un invisible
pliegue de tu manto!
¡Toda esperanza perdida,
hacer banderas con la estofa de la vida!

Ilusión, deidad verdadera;
ilusión, sublime ilusión;
ciñe con tu corona mi cabellera
y sé la levadura de mi razón
De la frente de Zeus brotó en mal hora Palas austera,
la diosa de la sabiduría.
Vén á la mía; que en ella triunfe tu primavera
Ilusión santa; vén Tú á la mía! Vén Tú á la mía
Serás la almohada ligera
donde se aduerma el corazón.
Ilusión, infinita lumbrera;
bañas de luz la creación.

(Corazón: yo vi tu caída
desde el ensueño celestial,
como la vela que se hunde, á seguida
que rompe el palo el vendaval.)

Yo quiero cantarte Ilusión suave,
sobre la onda mansa ó en los días adversos
yo quiero cantar, embarcado en tu nave,
para hacer la difícil travesía del tiempo.
Ilusión: tú cultivas la viña
que da el vino mejor,
rojo como la boca de una niña,
reconfortante, embriagador.
Dulce Ilusión; alma del mundo;
túnica de la realidad
abrigaño del vagabundo;
estrella de la tempestad;
en el pino del bosque, brisa
en la flor, fragancia y color;
en los labios amados, sonrisa;
perlería, en el ruiseñor;
en la antorcha, lumbre crinada;
un beso, entre ellos dos;
la voz de Jehová, en la nada;
dentro del pecho humano, Dios.
Fulgurante, como la espada;
fresca, como el laurel;
ardiente, como una mirada;
dulce, como la miel.

Cércame con tu brazo tibio y lechoso,
que desfallezco si estás ausente.
Recostarme he en tu seno maravilloso.
Besa mi frente. Besa mi frente.
Madre de Dios, y fiel esposa
del hombre, pequeño y mortal;
coronada de mirto y de rosa
vén á mi tálamo nupcial.
Tu boca, sellada en la mía;
en los míos, tus ojos fijos.
No me abandones noche ó día.
Sé Tú la madre de mis hijos.
Yo, cantaré la elegía loca
para Ti, con amor inmenso,
hasta que mane de mi boca
el corazón hecho incienso.

¡Ilusión, Deidad verdadera,
divina y única Razón
dame el agua que desaltera,
Ilusión sublime, sublime Ilusión!

RAMÓN PEREZ DE AYALA.

EL POEMA DE LAS NOVIAS DE ANTAÑO

—

Para Miguel Herrera Mendoza

I

Era como una niña de novela. Soñaba y reía con una discreción de línea recta. Se llamaba Graciosa, y á veces estaba en íntima harmonía con su nombre. Tranquila y dulce en el amor, se tornaba á veces triste y áspera porque corriendo aventuras en la isla de las quimeras, se imaginaba á OTRA que podía turbar mi espíritu con más gallardas líneas de belleza. Silenciosa y pálida se la pasaba entonces. Y con hosca perseverancia—dulce perseverancia para las almas de tortura—hilaba y tejía á un mismo tiempo en su rueca fantástica, primero, la comedia del flirt, en la que empezaba mortificándose; luego el drama en el cual era ella la víctima inocente, y por último, la tragedia angustiosa, llena de difíciles situaciones de alma, de escenas mudas y sombrías, en las que ella, la novia abandonada y vencida, atisbaba en un recodo lleno de sombras, el deseado, el abominable y terrible momento de romper el idilio que la horrorizaba y la atraía, hundiendo en el corazón de la rival feliz la fina hoja de acero apretada entre las blancas manos trémulas. En esos momentos—pobre novia olvidada—la agonía de su alma era inmensa. Las lágrimas le innundaban las pupilas y le corrían puras y esmaltadas por la luz del humilde quinqué, por sobre sus mejillas frescas de mujer en sazón. Cuando estas visiones de dolor eran frecuentes, sorprendíala su mamá—una buena señora religiosa—que tomando la misma actitud de la Verónica del pueblo, predicaba contra el amor, es decir repetía á su hija lo que el señor cura había dicho en la plática de la misa de cinco y media el domingo pasado. Y concluía diciéndola sin saber que su hija era romántica: te vas a morir! Yo te lo dije desde un principio: amores con un poeta? Malo! Esos no piensan sino en la luna.....Graciosa entonces, la interrumpía: déjame quieta, mamá; así lo quiero yo .....

Y por fin nos olvidamos los dos.

II

Aún conservo sus huellas en el alma. Cosas que no se pueden olvidar. Perfidias de mujer adorada que hieren más que los fieros puñales en las manos brutales de los hombres. Caricias de niña enamorada y loca que abrillantan la juventud de primavera en un ambiente de jardín. Carmen Emilia fué buena y fué mala. Buena por ser mujer y mala por ser mujer..... Era blanca y graciosa con unas manos lindas y unos ojos pensativos. Reía siempre; y reía, reía interminablemente, como queriendo pensar, y hablar y ser buena, ser mujer y ser perversa en su risa cristalina de impasible chorro de agua. Y su risa fué la que puso en mi corazón, como un áspid, un veneno de dolor. Un día pensé que Carmen Emilia era hueca y vaga. La imaginé cándida. Y mientras más la oía reír, mi error se acrecentaba. Creía á veces que el matiz de su risa era una insinuación de hondas harmonías. ¡Vana quimera de poeta! Su risa era el sortílogo cantar de su sirena. Ya no tuve más repugnancias por su risa. Y me empeñé en hacerla sufrir y en hacerla amar. Y fuí vencido. En otros días, también la serpiente ahogó á Lacoón. La adoré con ansias de morirme en sus brazos y amé su risa de loca y sus locuras de chicuela..... Amé sus manos primorosas y sus pestañas largas..... Finalmente me encantó la vida. El pájaro de su júbilo cantó en mi alma, tuve un poco de jocundia y se endomingaron mis horas sucesivas Pero un día uno de mis demonios interiores—el más juicioso. que se había dormido—se despertó voluntarioso y cruel, y con un grito muy alto, con un grito estentóreo que se paseó por todo el infinito de mi espíritu, me advirtió del veneno que había en mi corazón. ¡Qué lucha tan horrible, Señor! Tenía el veneno muy dentro del corazón! Refugiábame en las gasas lánguidas de los crepúsculos, leía á *Werther* ferozmente y sentía nacer en mi alma la necesidad de suplicar y de llorar. Entonces corría en pos del amigo que creía más rudo é ignorante para decirle toda la historia de mi mal, seguro de que no me aconsejaría sino una imbecilidad consoladora. Y gracias, buen augur! Un amigo á quien yo juzgué imbécil, me dijo después que le hube contado mi novela con un lenguaje incierto y doloroso:

—El amor es como otras cosas que úno hace: de costumbre..... desacostúmbrate!.....

Esa fué la fórmula. Me desacostumbré y no recuerdo haber hecho crisis. Sin embargo, el dolor de aquellos minutos de amor, es en mi espíritu, aún en los presentes días, rosa, estrella, fragancia.

Bien dijo el galileo, que el amor es más poderoso que la muerte.



Levy CHÜRMER : Un simbólico retrato de BEETHOVEN

III

Pobre muchacha llena de fuego y de ignorancia. Blanca y triste. Su único ideal era el matrimonio. Pero nada hacía por la consecución de su fuerte ansia secreta. En su penumbra intelectual, ni siquiera á ratos se explicó la conveniencia femenina de fingir á tiempo una "gran pasión" que le diera éxito, ó una "gran locura" que la aurolease de víctima. ¡Pobre niña! No sabía nada del arte de engañar. Era una simple novia criolla. El mohín que es en toda mujer como una signatura de la gracia, suerte de pentagrama divino donde la coquetería escribe sus siete sonoros signos de atracción, no le era conocido. Todas las noches la perdonaba de todo corazón, el aburrimiento que me daba. A veces, viendo sus blancas manos, pálidas y finas como un lirio, la interrogaba:

—¿Cómo estás, amada?

—Bien.

—Saliste?

—Sí. Fuí á las tiendas.

—¿Qué viste?

—Nada.

—¿No has paseado la tarde?

—Nó.

DIGITAL UCAB

—Mira, la luna está bella y pálida. A tí no te pone triste la luna? ¿No te hace pensar cosas lejanas?

—Yo no pienso en la luna.

—Y en mí?

—Ah! en ti sí.

—En qué piensas?

—En que debes venir.

Yo me angustiaba horriblemente. Jamás pude hacer que la pobre María hablara con fervor de alguna cosa, como las otras mujeres que se entusiasman por los detalles de la moda ó se enloquecen en vagas intriguillas por la vecina que cambió de novio. Pobre muchacha! Sólo sabía decir de tarde en tarde, que me quería mucho. ¡Pero de qué modo tan triste lo decía! Primero me causaba desazón, después, una desesperanza enorme me llenaba el alma, y finalmente un secreto furor me tornaba inquieto, sugiriéndome mil planes siniestros y pueriles que me fatigaban el espíritu.

Una noche, por fin, con todo mi aburrimiento lloré ante su frialdad y su ignorancia, como ante una muerta querida; la di un beso de perdón, miré sus manos blancas con dulzura, y me alejé por siempre de su lado. Ahora, mi conciencia sonríe por aquella ruptura silenciosa que fué un bien para ella y para mí, pues esta pobre muchacha me inspiraba, con su languidez y su ignorancia, un frenético deseo de pegarla, de destruirla, y sobre todo de asesinarla...

III

Cuando el crepúsculo doraba todavía la pendiente y amplia avenida, Vésper le acariciaba los cabellos y la advertía de que era tarde para continuar inclinada sobre la fina labor. Su labor era todo un ensueño. Bordaba «no me olvides», rosas rosadas, «pensamientos» y pájaros en trance de vuelo. Distinguida y buena muchacha me decía—cada vez que al pasar la miraba rodeada de silencio y de trabajo. Una vez, sus ojos que parecían pensar en divinos ensueños, me interrogaron. Desde entonces, dialogábamos mirándonos, en tanto que el crepúsculo vertía violetas marchitas sobre el vecindario en murria. Un día me acerqué á su pequeña ventana y la dije unas cuantas frases cursis y entrecortadas, de un matiz difuso, pero vestidas al parecer de sinceridad amorosa porque la voz me temblaba debido á la emoción que estremecía mis nervios. En los días sucesivos, el crepúsculo fué nuestro llamado amigo. Cuando Vésper hilaba su seda luminosa, lo mismo que una pupila enamorada hila la seda del encanto, en la pequeña ventana nos dábamos las manos, nos mirábamos el alma y agotábamos toda la prudente, la sabia y digna elocuencia del silencio en un instante de puntos suspensivos. Adorable idilio—interrumpido sólo—por algún transeúnte que se anunciaba, á Dios gracias—taconeando su imprudencia.

Esta novia que se llamaba Olimpia tenía—cosa muy rara en las mujeres—inteligentes vaguedades y sutiles palabras en sus razonamientos de amor. Un día me dijo:

—Yo quisiera emborracharme...

—Cómo!—la interrumpí.

—Sí. Quisiera emborracharme, pero, grandemente, de amor ó de vino, de pecado ó de locura...

—Estás lírica y...

—Y cursi—vas á decir.—Pero nó. Solamente estoy triste y llena de pena por la vida. Desearía estar más triste todavía.

—Tú amas la tristeza?

—Sí. Recuerda que una vez me dijiste que el beso era la champaña del amor; y yo entonces pensé que la tristeza era el beso de la esperanza. El que espera está siempre triste...

Yo la besaba en tanto y ella sonreía. Benditos sean los besos! Ellos ponían siempre la paz y la alegría en nuestras almas y el silencio en nuestro idilio. Pero trajinamos tánto los senderos florecidos de gloria del bosque del amor, hasta que en un minuto de éxtasis, el pequeño hijo de Venus nos arrebató del corazón las divinas flechas de oro. Reñimos luego. Nos vimos otro día sin sonreírnos, y nos separamos para siempre en un silencio que no ha terminado todavía...

V

Acabo de leer una nota curiosa sobre harmonía japonesa. Luego he silabeado este nombre: Jo... se... fa. Una cosa así debe ser la música de las mimosas. Está úno tan lleno de caprichos, de vanidades y de soserías! ¿Quién era Josefa? Una mujer robusta que hablaba rápidamente, bien y mal, á la vez, de todo el mundo. Sin embargo, una corte de donjuanes baldíos, la asediaban. Entonces fue cuando la conocí. La historia es breve. Me quiso. La engañé. Eso fué todo. Miento. Nos aburrimos mutuamente. (Por supuesto yo mucho más que ella). Ahora yo no pienso nada. La última noche que la ví, me fuí á casa cantando este endecasílabo:

Te perdono el amor que me tuviste...

VI

Rosa... sí, una rosa muy pura. Tenía la aristocracia de una estrella. Pobre niña angélica á quien la muerte besó tempranamente. Pura y limpia rosa, inmaculada rosa llena de todas las fragancias del amor. ¡Qué bien te recuerdo, Amada! Tus ojos grandes que parecían dos pájaros enfermos queriendo tender el vuelo; tu frente pálida como es pálida la luna; tu cabello castaño fragante siempre como una flor y tus manos preciosas y todas tus bellezas... Bendita! ¿Por qué te has ido, Bendita? La *Intrusa* se enamoró de tu frente pálida y te hirió en la vida. Bendita rosa de cristal... linda niña de ensueño... fragancia en un camino riscoso... esperanza de «hasta luego»... rima de Bécquer... alba paloma del espíritu santo del Amor! Así te llama mi alma todavía, como antes de que la *Intrusa* te besara. Y en las noches angustiosas en que un incontenible afán de vagar, me conduce á las callejas más oscuras de los barrios, me pongo á llamarte con inmensos gritos de silencio que la sombra debe oír. Bendita mía, adiós. Espérame. Con nuestro último beso nos dimos cita allá, allá... donde el pensamiento se detiene asombrado mirando cómo se esboza en una frágil seda de crepúsculo la ósea figulina de la *Intrusa*... Espérame!

LUIS YÉPEZ.

SINFONIA AL VIENTO

—

Señor! no seáis huracán mientras yo escribo.

Para hablar de este primogénito de la naturaleza que se vuelve todo alma, debemos templarnos el génesis de nuestra raza, y agregarle vitalidad á nuestra sangre haciéndonos un poco heroicos, ya que ese Gran Loco de no sé dónde, desatando su sonante cabellera de soberbia, en la selva corderiza á los leones puestos al amparo de sus cubiles y en las propias ciudades de los fuertes murallones constantemente reduce el orgullo de los hombres.

El Viento, esa cosa abstracta tomada en una verdad absoluta porque sentimos de ella en el mundo exterior el reflejo de sus manifestaciones casi nerviosas; esa eterna causa de movimiento, vibrante y elástica como una cuerda, y que es capaz de ponerle un sombrío gesto de vida hasta á la Esfinge; ese Enigma universal estudiado en sus diferentes modos de invasión, puede hallársele sirviendo de factor utilitario á la misma naturaleza, ó bien como un soplo ridículo y estéril para toda cosa humana.

Pasa tangente á las montañas; lame la cripta curva de los barrancos; locamente remolina hacia el zenit como para abofetearle la cara al Sol, y en vértigo de lo alto desciende á la lobreguez de los abismos, deformando nubes, barriendo polvos y huracanando brisas.

Aquí, da odio y temor porque es la fuerza terrorífica que mata!

Pasa tangente á las montañas; llega á la llanura de la siembra donde hay riqueza de maizales y miseria de bohíos; cambia allí su fuerte coraza de guerrero, y se va perfumando por entre los oros de las espigas, con su liviano traje de ráfagas que es el más de seda y el más suave.

Y aquí, brinda gracia y amor porque es el ala dulce que abanica.

Oh! Viento, sé apacible en tu vida de mar; no sofoques la serenidad arrogante de la ola; procura ir sobre ella sin provocarle esa palabra monorrítmica que dice contra ti su protesta acompañada de una blanca espuma de ironía; no sorprendas con violencia al bote pescador hinchándole las velas; y ten piedad, mucha piedad por esos remos plumados de las gaviotas que esperan, con la tristeza indefinida en el cuello y en los ojos, allá, sobre la alta roca marina, la calma de tus ímpetus para poder volar á tierra.

Oh! Viento, así como me encantas cuando vas poniendo sus dolores á las puertas sobre el eje de los goznes, y aprovechas las mañanas de sol para tornar la seriedad de la superficie tersa de los lagos en una intermitente sonrisa de ondas; y haces que el árbol despierte con su carga de hojas y pájaros sonoros, diciendo el símbolo de los "buenos días"; así como me alegras con esas notas simpáticas de vida, sufro igualmente un enojoso mal de alma, cuando siento que te insinúas murmurando por las claraboyas de los templos durante los oficios, lanzándote como una mano torpe hacia los altares á desmarcar los infolios enrojecidos de los misales. Y luego, al salir las muchachas á la calle orando restos de ave-marías, se les llenan de rosas las mejillas porque tú, con picardía de sátiro, les suspendes el traje.

En nosotros todo valor se consume, y hay un diseño de cobardía en los semblantes al oír tu anuncio en un rugido de mar, ó verte venir en hombros de una eminente polvareda que nos presenta la visión aparente de esa fantasmagoría de los desiertos.

Por el contrario, nos sentimos fuertes y risueños, y hasta extendemos los bíceps para abrazarte, al saber que vienes con tu vestido de ráfagas á peinar cabelleras, difundir fragancias y desplegar las sedas.

Oh! Viento! Sé buen hermano del Cielo, el Sol y el Agua; corrige el desenfreno de tus fogosidades y verás que para todo eres útil.

Al escribirte esta balada junto á la casta novia mía, me estás haciendo el bien de echar sobre mis hombros la rubia cascada hilante de sus cabellos.

El poeta te está queriendo . . .

ANDRÉS E. DE LA ROSA.



La Dirección de la «Revista de Ciencias Políticas»: los jóvenes estudiantes Alejandro Pietri, hijo, Gustavo Manrique Pacanins, J. J. Rojas Astudillo y Gustavo Sánchez

DIGITAL UCAB

BRINDIS

—

Se habló de amor y dije:
«Brindo por el amor sereno y puro,
Esa pasión que todo lo ennoblece
Y vive de mi alma en lo profundo.
La gran generatriz del Universo,
La que revive corazones mustios,
La grande, la sublime,
La que á dos seres los convierte en uno.»
Brindé por el amor en tí pensando,
Por el amor brindé, sereno y puro,
Y tú ignoras, mi bien, que yo te adoro,
Y vives de mi alma en lo profundo!

J. M. HURTADO-MACHADO.

Caracas.

NUESTROS GRABADOS

Hans Schmidt: COMBATE ENTRE ÁGUILAS.—Sobre la cumbre solitaria y eminente, abiertos en furia los picos y engrifadas las alas, se sucede la lucha entre los dos poderosos rivales de la altura, bajo el cielo abierto. Es de una poderosa expresión, en el cuadro, el choque de las furias aquilinas.

L. F. Kowalsky: EL DIÁVOLO.—Es la niñez que pasa esparciendo alegrías ingénitas. Preocupada en el goce cándido va ella por la campiña que las flores silvestres decoran, hermanando la inefable paz de su alma con la del paisaje, sencillo y hermoso.

Cecil Hay: UNA FAMILIA DE LOS PAÍSES BAJOS.—Trinidad de sana juventud, la madre y los dos niños sugieren un apacible pensar de serenidades felices, de la dicha tranquila, preciosa flor del hogar.

Alberto Durero: LA MELANCOLÍA.—Durero fue un famosísimo pintor y grabador nacido en Nuremberg. Fundador de una inmensa escuela de pintores alemanes, sobresalió especialmente como pintor de retratos y se le debe un procedimiento para imprimir en dos colores los grabados en madera. Su vasto talento abrazó por igual la pintura, la estatuaria y la arquitectura. *La Melancolía* se distingue sobre todo por el sugestivo simbolismo que entraña. Michiels, notable crítico, ha visto como defectos algunas exageraciones de Durero en el estilo de sus creaciones fantásticas.

Hamdy Bey: PROBANDO EL FILO DE LA CIMITARRA.—Bajo la vieja arcada potente el morisco veterano prueba el arma cortante. Seguro del temple de la curvada hoja, podrá mejor él fiarle el no menos acerado valor de su honor y su fama.

Joseph Bail: JÓVENES TEJEDORAS.—Es un cuadro de significativos y simples detalles. Son jóvenes tejedoras de la isla de Marken (dependiente de la provincia de Holanda del Norte, á poca distancia de la costa). Alonso de Beraza, pintando la vida de sus habitantes, dice entre otras cosas: «Los habitantes de Marken conservan su antiguo traje; se casan siempre con mujeres de la isla, y á pesar de esto, que parecería que debía debilitar la raza, sólo se ven hombres membrudos y vigorosos. Las mujeres, de facciones poco finas, tal vez el antiguo tipo holandés del Norte, usan como traje una cofia blanca muy ceñida á la cabeza, encima un gorro, especie de casquete, de color, dejando salir sobre la frente un flequillo levantado y dos trenzas que á lo largo de las mejillas caen sobre el pecho. En sus casas, todas de madera y á piso bajo, se ve cierta comodidad, una limpieza exquisita, visillos de muselina bordada y macetas de flores en las ventanas.»

H. Motte: SAN ANTONIO EN LA CUEVA DE LOS MUERTOS.—Fue en las soledades de la Tebaida donde ocurrieron las famosas *Tentaciones* que han dado motivo para cantar á los poetas, para adquirir fama á los pintores, y á los escultores y artistas de la Edad Media asuntos para obras bellísimas, que son hoy glorias del arte. Se refiere que deseando San Antonio sustraerse á toda comunicación humana, fué á encerrarse en una especie de sepulcro, muy distante de la ciudad y cuya entrada solamente era franqueada por el santo. Pero allí mismo, dice el historiador, supo hallarle el demonio.—De los cuadros con este asunto se citan como muy admirables los de Jerónimo Bosch y los de Teniers en el Museo del Prado, de Pablo Veronés en Caen y del Tintoretto en la Galería del Prado en Madrid.

Pierre Carrier-Belleuse: LA CIGARRA.—La recogida actitud de la figura caracteriza graciosamente el símbolo que trata de explicar en forma clara, simple y hermosa.

Frank Brangwyn: UN FUNERAL VENECIANO.—La ciudad de las islas fragantes, de los lagos dormidos, de los Dux millonarios de sueños y de oro, nos brinda en el cuadro del pintor un detalle propio. Aunque fúnebre el asunto es de una be-

lleza genial, con la genialidad patente de las circunstancias que lo informan.

K. Lotz: LA MUSICA.—Delicada y fina inspiración dió á la imagen evocadora del arte divino virginales y cándidas formas de belleza. La pintura es de un inefable encanto.

Paisajes venezolanos: VISTAS DE UPATA. FUNDOS AGRÍCOLAS. VISTAS ORIENTALES.—A nuestros colaboradores artísticos H. Avril, Solórzano Gómez y Manrique debemos el gusto de presentar á nuestros lectores varias sugestivas y hermosas vistas de paisajes, fundos y edificios venezolanos, debidamente escogidos, en nuestro afán de ofrecer al público escenas y cuadros criollos con variedad en la presentación.

Levy Chürmer: UN SIMBÓLICO RETRATO DE BEETHOVEN.—El grabado representa de manera hondamente artística al eminente músico alemán. Era Beethoven de constitución robusta, temperamento nervioso y corta estatura; de arrogante cabeza, negros y abundantes cabellos, facciones pronunciadas, cara redonda, ojos inquietos y brillantes, cejas espesas, frente espaciosa, aire descuidado y condición tímida y bondadosa. Nació en Prusia y murió en Viena en 1827 á los cincuenta y siete años.

La Dirección de la Revista de Ciencias Políticas.—El grabado representa á los directores de la interesante Revista. Los jóvenes Alejandro Pietri, hijo, Gustavo Manrique Pacanins, J. J. Rojas Astudillo y Gustavo Sánchez, cursantes del sexto año de Derecho, quienes con empeños laudables y claros talentos le han dado al referido órgano jurídico un desarrollo considerable y bien dirigido. Cuenta ya un año de vida esta publicación universitaria y por el sumario del último número que hemos recibido, puede verse con la naturaleza de los trabajos que la informan cuánto es ya el precio de la labor empeñada, á cuya legitimidad ha correspondido el público con una justa y numerosa aceptación.

Felicitamos vivamente á los jóvenes directores de la Revista de Ciencias Políticas por su cosecha de positivos triunfos.

SUELTOS EDITORIALES

Perfecta Monagas de Bolet Peraza.—Enmarcada por una hermosa página de versos de nuestro distinguido colaborador señor Don Felipe Tejera, damos el retrato de esta honorable dama, digna esposa del famoso literato venezolano, fallecida últimamente en Nueva York.—La suave y dulce elegía del señor Tejera dice en concentos conmovidos de las nobles preseas de la virtuosa é inapreciable dama.

Notas de duelo

Señorita Soledad Hernáiz Las Casas

La segadora pálida, abatiendo sus alas de pavor, hirió de muerte á la blanca azucena erguida suavemente en el jardín de la vida. Era de un límpido azul el cielo del hogar y era de una claridad fastuosa de primavera el plácido ambiente en que ella brillaba por dulce y por cándida; y ahora, los nublos de la pena y un viento frío de desesperación oscurecen la luz y hacen temblar el alma de dolor, llenando los ojos de llanto!...

Bienhechor rocío de lágrimas riegue las más benditas flores del recuerdo sobre la blanca tumba de la virgen arrebatada por un funesto destino! Lirios pulcros y rosas cándidas alimentados con los más íntimos lloros del espíritu, crezcan formándole dosel inmaculado de amor y blancura, simbolizando sobre la tierra amarga, el alma dulce de la niña que voló muy lejos, á la suprema altura de los escogidos, dejando por inextinta huella albos y fragantes gérmenes floridos...!

Arrullada por angelicales céfiros, bajo el hondo azul infinito, duerma en tanto la niña de virtudes inefables, duerma arrullada por un nítido sueño de gloria, en tanto que la oblación de los penares profundos vierte sobre el sarcófago florido las más preciosas perlas del alma, las más tiernas violetas espirituales, los más intensos perfumes del cariño, que nosotros colocamos religiosamente sobre la blanca tumba de la virgen extinta.

Presentamos á la muy distinguida familia Hernáiz Las Casas nuestro muy sincero testimonio de condolencia, haciendo nuestra su íntima pena.

Señora Socorro de Michelena

En Valencia ha fallecido esta apreciable señora, madre del eminente artista Arturo Michelena, una de nuestras excelsas glorias en el estrado del Arte.—Significamos á su respetable familia nuestro sincero pésame por el sensible fallecimiento.

Isabel Cristina Lores

La niña Isabel Cristina, flor de inocencia y de candor, ha fallecido en estos días. Vaya para el atribulado espíritu de su amoroso padre, el apreciable amigo señor Maximiliano Lores, la significación ingenua de nuestra palabra condolida.

Señor Wenceslao Carías Pérez

Este digno caballero que tan justicieramente supo granjearse en vida el aprecio y el cariño de cuantos le trataron, acaba de bajar á la tumba, finando una existencia meritoria por todos respectos. Damos nuestro muy sincero pésame á sus deudos.

Respetable certificado.—Doctor R. Hernández Matute, Médico Cirujano de la Universidad de Caracas y Miembro del Colegio de Médicos de la República.

Certifica: que hace diez años ha usado con buen éxito en las enfermedades prominentes del pecho, raquitismo, escrófulas, etc., la admirable preparación conocida con el nombre de Emulsión de Scott, en la cual se hallan felizmente asociados los hipofosfitos de cal y sosa con el aceite de hígado de bacalao. Y he observado además que es bien tolerada por los estómagos más delicados, contribuyendo poderosamente al desarrollo físico de los niños, quienes la piden con avidez por su sabor agradable.

DR. DIEGO MEZA

CIRUJANO DENTISTA

CON DIPLOMAS DE VENEZUELA Y LOS E. E. U U.

Especialista en *prótesis*, garantiza sus trabajos por 6 años.

Exito inofensivo en las extracciones con su anestésico «*Leal*». Rigurosa antisepcia.

Enseñanza profesional y agencia de «El Cirujano Dentista» por el Dr. J. Rojas y Quintana para el estudio de la profesión.

Cruz á Miguelacho Nº 6. Teléfono: 1.036.

Caracas–Venezuela.

"ALMAS QUE PASAN"

(Cuentos en prosa)

POR

AMADO NERVO

De venta en la Empresa "El Cojo"

Precio para Caracas..... Bs. 4, Ejemplar
" " el Interior..... " 4,25 "

PARFUM CAMIA



V. RIGAUD PARIS

En las principales Perfumerias de America.

EL CUTIS BELLO

EL JABON RESINOL

produce un rostro bello, claro, y puro, y asegura al cutis una suavidad que no se adquiere con el uso de otros emolientes.

Su probada eficacia y preparación definida y uniforme le han merecido la favorable acogida de las personas que aprecian un articulo de mérito, asi como de la profesion médica pues, se ha demostrado por cuidadosas experiencias clinicas que ningún otro Jabón se adapta tan bien á las necesidades del cutis.

La base de este Jabon está hecha de materias escogidas y los únicos ingredientes que en su manufactura se emplean son los más propios y aprobados para producir un cutis muy liso y sano. Para el baño de la criatura es el producto por excelencia y para conservar el cráneo libre de caspas, se hallará que no hay otro Jabón que lo iguale.

Si sufre usted de enfermedades de la piel, de cualquier forma y procedencia y desea curarse, no tiene más que usar el sin rival

UNGÜENTO RESINOL

y obtendrá pronto alivio y rápida curación.

El Resinol es el remedio tipo para las afecciones de la piel aun siendo agudas, y su utilidad no tiene limite.

Los productos Resinol están de venta en tamaño natural en las farmacias siguientes:

Botica de Velázquez, S. Alvarez Michaud & Ca., Caracas.

Botica Inglesa, A. Cook & Hermano, Maracaibo.

Botica Occidental, Isaac A. de Lima, Coro.

A solicitud se proporcionará gratis una muestra de dichos productos dirigiéndose á

RESINOL CHEMICAL Co.

Baltimore, MD. E. U. A.

Caras de millonarios

El primer millonario que hubo en los Estados Unidos era de origen francés. Se llamaba Stephen Girard, era hijo de un capitán de barco, y él también, en su juventud, mandó un buque en cuya propiedad tenía parte. Empezó á hacer fortuna con el comercio entre Filadelfia y las Antillas; cada cargamento le valía un dineral, porque lo que en las Antillas vendía por moneda contante y sonante, lo había obtenido en los Estados Unidos á cambio de mercancías baratísimas. En 1810, cuando contaba ya sesenta años de edad y un regular capital, puso una casa de banca, que se hizo á la vez célebre y rica por la habilidad extraordinaria que en los negocios demostraba su dueño.

Como prueba de ello, se cita el hecho de que en 1814, cuando el gobierno norteamericano estaba en quiebra á causa de la guerra con Inglaterra, él solo suscribió el total de un empréstito de cinco millones de dollars. El estado de prosperidad que rápidamente alcanzó el país al terminar la guerra, demostró que, al confiar en el crédito de su nación, Girard no sólo había obedecido á los impulsos patrióticos, sino también á los del negociante.

Stephen Girard murió en 1830, dejando una fortuna de cuarenta y cinco millones de bolívares, una parte de los cuales, obedeciendo á sus deseos, se destinó á fundar unas escuelas en Filadelfia, que aún llevan el nombre de Girard College. Por cierto que en ellas no se permite la entrada á ningún eclesiástico, no ya como profesor ó como alumno, sino ni aun como visitante, lo cual no deja de ser una rareza, cuyas razones sólo el fundador sabría.

Por orden de antigüedad, son los segundos entre los millonarios yanquis los Astor. El fundador de la fortuna, Juan Jacobo Astor, la hizo con el comercio de pieles en las cercanías de Alaska. Sólo entre 1783 y 1789, ó sea en el breve espacio de seis años, adquirió la friolera de 200.000 dollars, lo que entonces se consideraba como un capital casi insuperable. Después, tomando esta cantidad como base, emprendió negocios de mayor importancia; sus establecimientos peleteros se encontraban á cada paso en el lejano Noroeste, sus buques surcaban todos los mares. El fue quien desarrolló el comercio entre los Estados Unidos y China, y cuando murió, en 1848, era el hombre más rico de América, dejando una fortuna de treinta millones de pesos.

Y eso que, como en nuestros días Carnegie, Astor se retiró de los negocios «á tiempo» para gozar de su dinero sin exponerse á perderlo. Por desgracia, no fue, al menos en vida, tan espléndido como Carnegie. Con muy raras excepciones, su conducta fue la del avaro típico, si bien al morir compensó su tacañería dejando á la ciudad de Nueva York la magnífica Biblioteca Astor.

Uno de los millonarios más famosos, el comodoro Vanderbilt, creador de la fortuna que hoy disfrutan más de una docena de descendientes suyos, ofrece en su historia la particularidad de no haberse hecho rico hasta después de cumplir los setenta años. Hasta esta edad, sólo se ocupó de las líneas de vapores de que era jefe supremo; pero hacia el año 1860, la civilización empezó á marchar hacia las praderas del oeste, se fundaron nuevas ciudades, y Vanderbilt ideó un proyecto gigantesco: llevar el ferrocarril á aquellas apartadas regiones. Compró las líneas existentes, tendió otras nuevas, y á los diez años había sacado de la empresa un producto líquido de cien millones de pesos. Al morir, esta fortuna había bajado á noventa millones, pero su hijo, Guillermo Vanderbilt, que se hizo cargo de ella á los cuarenta y cuatro años de edad y la manejó hasta su muerte, en 1885, supo duplicarla.

Los ferrocarriles han sido el origen de muchas grandes fortunas en América. Otro de los que con ellos se hicieron millonarios, fue Jay Gould. Su fortuna, que es una de las primeras en los Estados Unidos, la disfruta hoy su heredero, Jorge Gould.

Andrew Carnegie no sólo es el fundador de su propia fortuna, sino también del trust del acero, al cual se la debe muy principalmente. Nacido en Escocia, una vez establecido en América emprendió el negocio con un capital de 250.000 dollars. En la actualidad, el trust produce una renta anual de 125 millones de bolívares. En cuanto á la fortuna de Carnegie, ha llegado al extremo de ser incalculable; sólo puede asegurarse que excede de mil millones de pesos.

Verdad es que su dueño no la malgasta. Fiel á su principio



Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — B^d St-Denis, 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

de que el hombre que tiene á su alcance una buena biblioteca puede educarse por sí mismo, ha llenado de ellas los Estados Unidos.

Pero más rico todavía que cualquiera de los citados millonarios, y sin duda alguna el hombre más rico del mundo, era el famoso «rey del petróleo», Rockefeller. Creador de la gigantesca Standard Oil Company, tuvo el acierto de rodearse de hombres activos y verdaderamente interesados en la empresa. Esta comenzó en 1870, y durante los primeros diez años, Rockefeller fue, por decirlo así, el alma de la Compañía; en esos diez años fue cuando reunió la mayor parte de su fabulosa fortuna, y cuando muchos de sus asociados se enriquecieron también. En cambio, contra lo que muchas veces se ha dicho, al fallecer hace poco, llevaba trece años sin tomar parte activa en los negocios. Sólo alguna vez que otra, con intervalos de muchos meses, iba un rato al local social en Nueva York, para echar un párrafo con los antiguos amigos.

La medicina y las ciencias naturales deben á Rockefeller más de un espléndido donativo. Sólo el Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas supone un dineral consagrado al progreso y á la salud de la humanidad.

A diferencia de casi todos los fundadores de grandes fortunas, Pierpont Morgan no empezó siendo pobre. Su padre era un banquero riquísimo, que desde niño le inició en las artes de la bolsa. Se le ha llamado algunas veces «el rey de los pánicos», y con razón, pues gran parte de su fortuna la debe á los préstamos hechos á los bancos á punto de quebrar cuando ha habido algún gran pánico de bolsa; pero en realidad, el trust del acero y los ferrocarriles son los que en quince años, de 1890 á 1905, le proporcionaron su inmenso capital, que se acerca á 20 millones de dollars.

Hacia la última fecha indicada Morgan se retiró á disfrutar de su fortuna, cuya renta dedica en parte á adquirir objetos de arte y curiosidades de todas clases, que le envían agentes distribuidos por todas las partes del mundo. Las colecciones constituyen su monomanía. Tiene una, magnífica, de cuadros, otra de tapices, otra de libros raros y hasta una de perros de pastor. Además, ha hecho, y regalado después á los museos de su país, una colección de adornos griegos y otra de piedras preciosas. También ha cedido sumas enormes para una sociedad para el socorro de incurables, para la Escuela de Comercio de Nueva York, para la Universidad de Harvard y para un sinnúmero de colegios é iglesias. Porque Morgan, á la vez que el primer financiero yanqui, es un campeón decidido de la cultura y de la religión.

LAS GOTAS CONCENTRADAS DE
HIERRO BRAVAIS
(FER BRAVAIS) Son el remedio el mas eficaz contra
DEBILIDAD, FALTA DE FUERZAS, EXTENUACION
ANEMIA, CLOROSIS Y COLORES PALIDOS
El Hierro Bravais carece de olor y de sabor. Recomendado por todos los médicos
NO COSTRIÑE JAMÁS. NUNCA ENNEGRECE LOS DIENTES.
Desconfíese de las Imitaciones. — En muy poco tiempo procura :
SALUD, VIGOR, FUERZA, BELLEZA
SE HALLA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS : Depósito : 130, r. Lafayette, PARIS

COLEGIO AMÉRICA
FUNDADO EN 1894
Admite alumnas internas, semi-internas y externas
PROSPECTO GRATIS A QUIEN LO PIDA A LA DIRECTORA,
Berta M. Meyer.
La Victoria—Venezuela.

"UNDERWOOD"
La Reina de las Máquinas de Escribir
Agentes Generales para Venezuela
ENRIQUE ARVELO & PHELPS
CARACAS
Bs. 580, la más cara de todas,
pero el exceso en precio está mas que pagado con su gran durabilidad y multitud de ventajas sobre toda clase de máquinas. Siempre ha ganado los primeros premios en todas las exposiciones internacionales. A solicitud gustosamente mandaremos catálogos y una lista de las personas en Caracas que usan la "UNDERWOOD", junto con otros datos interesantes.
Rapidez—Economía de tiempo: Se escribe 3 á 5 veces más rápido que con la pluma.
Escritura legible: Desaparecen las finales é ilegibles escrituras.
Buena efecto: Da importancia á la casa que la usa.
Varias copias: Se pueden hacer hasta diez copias á la vez, usando papel carbón.
Reproducción: Combinada con el Duplicador "Underwood" se puede hacer hasta 2.000 copias en una hora.
ALMACÉN DE
Máquinas de Escribir y Materiales
Traposos á Chorro Teléfono 1.746

ÚLTIMOS PERFUMES
ESENCIA · POLVO DE ARROZ
JABON · AGUA DE TOCADOR
POLVOS PARA SACHETS
L·T·PIVER
PARIS
AZUREA · VIVITZ
FLORAMYE

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, París Y LAS PRINCIPALES BOTICAS
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE

Medallas de Oro (VINO, CARNE (PEPTONA) y FOSFATOS) Diplomas de Honor
VINO DE BAYARD
ADOPTADO EN TODOS LOS HOSPITALES
Esto vino TONI-NUTRIVO, es el reconstituyente el mas activo.
Efficacia remarcable en la ANEMIA, la CONSUNCIÓN, la TISIS y en la alimentacion de los NIÑOS debiles y de los convalescientes.
Paris, COLLIN y Cª, rue de Maubeuge, 49, y todas farmacias.

ACEITE de HOGG
de HÍGADO FRESCO de BACALAO. NATURAL y MEDICINAL (Fracaso TRIANGULAR)
Es el más generalmente recetado por los Médicos de todo el Mundo.
ÚNICO PROPIETARIO HOGG, 13 Rue Paul Baudry Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caida de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.- PRECIO 6 fr. Depósito General : Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS
MARCA DE FABRICA

El por qué de decir B. L. M.

OTRAS FÓRMULAS DE CORTESÍA

D. Guillermo Rittwagen, acaba de publicar un interesantísimo ensayo crítico titulado «De filología hispano-africana» en el que demuestra los profundos conocimientos que el autor posee acerca del asunto, el cual ha podido estudiar detenidamente en sus largas estancias en el norte de Africa.

En uno de los capítulos, dedicado á disquisiciones filológicas hispano-arábigas, cita un hecho que vamos á trascribir porque ofrece interés.

«Una curiosidad más de las relaciones hispano-arábigas—dice el autor—es la costumbre verdaderamente original que nos queda, de besar pies y manos, como acto de cortesía, aunque sólo sea fórmula, pues cualquiera no besa ciertos pies y ciertas manos. El origen de esta costumbre, á mi modesto juicio, debió ser la expresión de cortesía musulmana «b-es-slama» con que se saludan y despiden los moros, pero sin que besen manos ni

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**. 1 rue J.-J.-Rousseau. Paris

pies algunos, limitándose á desearse la paz.

Nuestros cumplidos caballeros medioevales debieron oír esta expresión de cortesía, tal vez les cayera en gracia, y sin encomendarse á nada más, y creyendo que los moros eran tan finos que besaban las manos, colmaron la fineza besando los pies á las damas. Bien es verdad que para transformar en «b-es-slama» en besa la mano, no es preciso añadir más que una modesta sílaba que aunque corrientemente negativa, da en este caso significación española á la salutación árabe de sentido totalmente distinto».

A esto de las fórmulas de saludo y despedida, pueden añadirse cosas muy curiosas. Entre los ingleses es corriente cerrar las cartas con las palabras «De usted sinceramente, Fulano», y lo mismo podrían decir «De usted sin cera, Fulano». Hé aquí por qué:

Cuando los jurados romanos daban sus veredictos lo hacían generalmente, en tablillas de cera, pero en los casos en que dicho veredicto era extraordinariamente favorable para la persona juzgada, por cualquier delito, se les permitía darlo «sine cera» (sin cera), es decir, sin llenar la formalidad de escribirlo en las tablillas de la citada substancia. Por eso al decir «De usted sinceramente», se quiere expresar que la persona á quien se dirige uno, merece absoluta confianza.

Los ministros ingleses cuando escriben oficialmente acaban las cartas con la fórmula: «Su obediente y humilde servidor».

Un francés concluirá su carta, aunque vaya dirigida á un pelagatos, de este modo: «Quedo de usted con especiales sentimientos de la más alta consideración».

La cortesía china manda que las misivas se terminen con estos buenos deseos: «Que le vaya bien á usted el más favorecido de los cielos. Que los dioses le conserven sus honorables dientes».

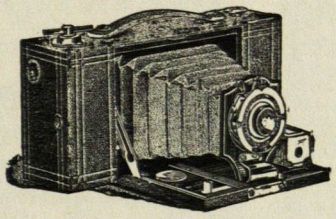
PILDORAS DE ORO Ó EMENAGOGAS
CONTRA LOS DOLORES DEL VIENTRE, alivio inmediato, curación rápida de los trastornos del aparato sexual
DE LA MUJER.

JARABE TONICO FERRUGINOSO
cura la anemia, la clorosis, etc., sin distinción de sexo ni edad, gusto agradable, en su clase es de lo mejor que se prepara en el país.
NINGUN SIMILAR EXTRANJERO LE SUPERA.
DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DE LA REPUBLICA
Por mayor en casa del autor Dr. Carlos Meyer
La Victoria—Venezuela.

LEVURINA COUTURIEUX
(Levadura de cerveza inalterable)
en POLVO y COMPRIMIDOS
El **DEPURATIVO SOBERANO**
El Remedio por excelencia de los Furúnculos, Acne, Eczema, Enteritis, Diabetes y Enfermedades eruptivas, etc.
COUTURIEUX, 57, Av. d'Antin, PARIS *y las principales Farmacias.*

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS** *Purgativas y Depurativas* del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
Ninguna Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS pero las mas activas.

DOLORES DEL ESTÓMAGO
DIGESTIONES DIFICILES
Curacion Rapida
ELIXIR GREZ



ALMACEN DE
MATERIALES FOTOGRÁFICOS
ENRIQUE ARVELO & PHELPS
Traposos á Colón 33—Teléfono 1.745—Caracas

DEPÓSITO DE LA
Eastman Kodak Company
la fábrica más importante en el mundo de máquinas fotográficas y materiales.

Gran existencia de todo lo que necesita el fotógrafo aficionado ó profesional.
Máquinas «KODAK» de película: Brownie Nº 1-Bs. 10, Nº 2-Bs. 20, Bulls Eye Nº 3-Bs. 50, Plegadizas Número 1-Bs. 60, Número 1 A-Bs 80, Número 3 A-Bs. 120.
Máquinas «KODAK» de placas y películas rígidas: Premolette-Bs. 30, Premo Número 4-Bs. 40, Pony Premo (4×5) Bs. 80, (5×7) Bs. 120.
Con gusto remitiremos Catálogo completo de máquinas y materiales «KODAK», bellamente ilustrado y escrito en español.

Películas Kodak—Placas Cramer, Standard, Seed—Papel Velox, Solio, Lumiere—Productos químicos—Trípodes—Tanques Kodak para revelar películas á la luz del día.

Se solicita correspondencia con todos los aficionados de la República y se les ofrece aconsejarlos y enseñarlos por correspondencia, contando para ello con la colaboración de un afamado profesional á quien hemos contratado especialmente para la enseñanza de aficionados.
El único verdadero Almacén fotográfico que hay en Caracas.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
PARA TODAS LAS EDADES DE LA VIDA

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las América

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50



PHOSPHADINE FULLIE **es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos**
De venta en los principales establecimientos de la Republica

El libro mas grande del mundo

En un pequeño aposento de los pisos altos del Vaticano se están dando los últimos toques á un libro en cuya corrección se han tardado 266 años.

Su título en latín es «Acta Sanctorum», y consta de cerca de cien tomos, la mayoría de los cuales contienen más de mil páginas de letra apretada á dos columnas.

Frasco reducido.



QUINA-LAROCHE

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina, y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el remedio soberano en los casos de:

FALTA DE FUERZAS
MALES DE ESTÓMAGO
CONVALECENCIAS
CALENTURAS, ETC.

Quina-Laroche *Simple*

ANEMIA
CLOROSIS
CONSECUENCIAS DE PARTOS

Quina-Laroche *Ferruginosa*

La **QUINA-LAROCHE** ha sido objeto de una recompensa nacional de *16.600* Francos y ha obtenido *Siete Medallas de Oro.*

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA.

Exíjase la VERDADERA QUINA-LAROCHE 970

DIGITAL UCAB

La obra ha de ser una historia completa y sacada de fuentes oficiales, en la que figurarán las vidas de todos los santos del calendario romano por el orden en que se celebra su fiesta. Comenzó los trabajos en 1640, un tal Heriberto Rosweyd, y el primer tomo apareció tres años después. Entonces se encargó de la magna obra Bolando, jesuita belga, el cual tenía reunidos en cinco tomos los santos de Enero y Febrero, cuando falleció en 1648.

Siguiéronle unos cuantos editores y compiladores, conocidos generalmente por el nombre de Bolandistas, y en 1763, ciento veinte años después de la aparición de los tomos correspondientes á Enero, se terminó el mes de Septiembre en ocho volúmenes, que con los anteriores formaban un total de cuarenta y siete.

Empezóse entonces á formar el mes de Octubre, pero se adelantó muy poco hasta llegar á no hacerse nada durante cerca de un siglo. Cuando se reanudó la obra, se procedió á hacerla en grande y sólo el mes de Octubre se llevó doce tomos. En 1875, se publicó un índice en cuya confección se habían empleado once años, y que como es natural, no comprendía más que los santos que figuraban en los tomos publicados hasta entonces.

(Escribir en máquina es lo moderno por la economía y comodidad.)

Almacén de MAQUINAS DE ESCRIBIR Y MATERIALES

Agencia exclusiva para todo Venezuela de la maravillosa máquina

"SUN"-60 PESOS.

Tiene muchas de las ventajas de las de 150 pesos, como escritura visible, etc. Imposible de descomponerse y por esto conviene para el interior.

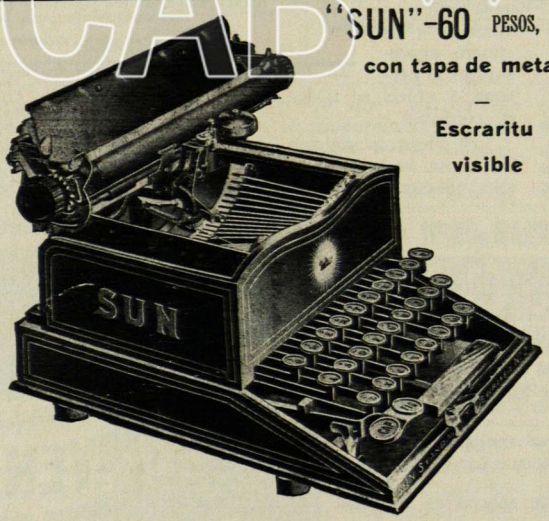
MATERIALES, REPUESTOS, Y ACCESORIOS

para toda clase de máquinas, siempre en existencia.

Se solicita correspondencia.

E. Arvelo & Phelps.

Caracas, Traposos á Colón 33.



"SUN"-60 PESOS,
con tapa de meta
—
Escraritu visible

NO MÁS
ACEITE DE HIGADO
de bacalao
TÓMESE EL
VINO GIRARD
de la Cruz de Ginebra

SUS HIJOS
SU ESPOSA
UD. MISMO
gozarán de mejor salud.

El VINO GIRARD es recetado por más de 30.000 médicos en la
ANEMIA
CONVALECENCIA
DEBILIDAD GENERAL
BRONQUITIS
Y PARA LOS NIÑOS cuyo crecimiento puede inspirar cuidados.

A. GIRARD, 22, Rue de Condé, PARIS
En las principales droguerías y farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

El secreto del veneno de los Borgias

El Dr. Jagot, de la escuela de Medicina de Angers, asegura haber descubierto el secreto del misterioso veneno de los Borgias.

Al parecer empleaban dos venenos, uno de efectos rápidos y otro de efectos lentos. Este parece que era el ácido arsenical, llamado comúnmente arsénico, el cual sólo se disuelve ligeramente y por eso obra con lentitud, mientras que el veneno rápido debía de ser probablemente una de las preparaciones salubles del arsénico que obran casi instantáneamente. Sin embargo, no está probado de un modo positivo si el veneno de los Borgias debía su eficacia al arsénico ó á las ptomainas de la putrefacción ó á ambas substancias combinadas.